



Vía Muerta

VIA MUERTA

I.

- 4. Oh SORPRESA
- 18. PANICO Y MIEDO
- 23. RUE MORGUE
- 29. VERIFICACION DE LA INFIDELIDAD

II.

- 35. EN LAS PUERTAS DEL MILENIO
- 41. LUCES DE LA CIUDAD
- 43. NECROFAGO
- 46. CLARIUCORDIS

III.

- 56. MALIGNO
- 61. NJKBNL J
- 65. DIE WALPURGISNACHT
- 66. CERONICA *du TERRES*

IV.

- 69. CARPE DIEM
- 70. LA MARCA DE LAS TOALLAS SANGUINARIAS
- 77. KOBAYASHI MARU
- 83. ¿ME QUERRAS POR SIEMPRE?

I. Printemps

Pon mucha atención, lector: No todo en la vida es lo que aparenta ser. Aunque Sigmund Freud, para contrariar un poco, aseguró que “a veces un cigarro es solo un cigarro”, queriendo decir con esto, que no todo lo que conocemos necesariamente es la insinuación de otra cosa. En el caso del cigarro, ya tratarse de algún símbolo fálico. Así que antes de empezar a ver cosas extrañas durante la lectura del primer paquete de cuentos, mantén presente el relato de la sardina que se sometía a terapia de psicoanálisis y le dice a su Psiquiatra: “Ayer soñé con un submarino, ¿Es éste un símbolo fálico?. El terapeuta responde: “No, simplemente es una lata de gente”. Muchas veces, las cosas son tan simples como lo parecen. Simplemente uno se siente cauteloso ante su propia ignorancia.



Oh SORPRESA

Aún dormida, la adolescente escucha alzarse el viento como malévolos espíritus en formación. Ella quería despertar de un sobrehumano impulso, pero esto es imposible cuando el sueño tampoco osa cruzar la memoria cansada.

“¡Escoge una carta, la que tú quieras!” incitó el mago. Su voz tiene el énfasis del italiano en el uso de comas. Él vestía un chaquetín rojo con dos perforaciones de botones y guantes blancos que estaban cortados de las puntas. Su cara estaba maquillada con dos grandes círculos de rubor y lucía un delgado mostacho que le daba un semblante impasible hasta que su rostro es cruzado por la cruda mueca. Él se inclina hacia Paloma, ofreciéndole los naipes desplegados en un abanico.

“¿Cuál escojo?”, pregunta Paloma, temiendo un truco.

“¡Cualquiera!”, apura el mago, mostrando la doble hilera de dientes útil para cercenar cuellos, clavar una mordida, destorgar libros antiguos.

Ella estira la mano.

“¡Oh, sorpresa!”, grita el mago y arroja las cartas al aire antes de que Paloma pueda elegir alguna. Todos los colores borrados por el juego del futuro, todas las formas resbalando en un lento rayo de sol, todos los naipes en un aleteo de día encantado. Ella vio lugares y nombres como algarazo de hojas que caen de ramas amigas. Con un grito reprimido, Paloma cae de rodillas tratando de juntar las cartas y ponerlas de vuelta en un apropiado orden, más ellas parecían un pueblo de intactas nieves.

El mago ríe histéricamente.

Paloma despierta de su pesadilla con malos presagios. Era la estatua de la somnolencia en el punto muerto del mundo. El viento que solloza es un canto recogido de los cartuchos disparados. Esta noche se desbordó la fuerza del otoño. El tiempo lanza a tierra una tromba para destruir altas casas, para sacudir despojos callejeros. Paloma cubre su espalda con el grueso cobertor y se pone a masticar la punta de un mechón de pelo. Mal hábito de alguna anguila exhausta. La cama, el piso, las paredes empiezan a vibrar. Paloma deja de mantener la calma y grita a sus papás.

Nadie responde a la voz.

Paloma llama a su hermano Hírom, cuyo cuarto está inmediato al suyo. Él tampoco responde.

Quizás el viento no permite oírme.

Paloma compone aquí la historia y camina a la habitación de su hermano y al dormitorio de sus papás. En ambos casos, las camas lucen desordenadas, pero vacías. El miedo toma por el cuello a la jovencita y el hielo del corazón se derrite. La mirada escudriña su alrededor, la mente indaga en los silencios que ve, mientras las cosas se abandonan y parecen cerrarse al complot. Paloma siente su esqueleto blando como styrofoam, los músculos que no responden y desprecian todo movimiento, salvo la ráfaga que sí ondula, el vuelo del vestido que se pegó al cuerpo. La muchachita sabe el único modo de protegerse a sí misma. Ella cierra los ojos y repite el truco usado años antes, cuando el tío Jaime llegó de visita del D.F. y hurgó su mano debajo de la falda, tocándole ampliamente sus pantaletas, el momento que se quedaron un rato a solas en la sala. Al momento de sentir su cuerpo tocado, ella pretendió que su cabeza se separaba del resto y se subía a un tiovivo de música ligera.

Solo así se veía a salvo, o al menos lo parecía, conforme los años pasaron.

Ella se dio cuenta de lo que el tío Jaime le estaba haciendo y se convenció a sí misma que no era real lo que pasaba, que era un mal sueño. Ahora ella escapaba del mismo modo, su conciencia despertando del estupor como un eslabón que cede. Y amanece, lo presiente por un albor plata en el techo, raramente un vislumbre de ventanas cerradas.

“¿Má?”, Paloma susurra.

Nadie contesta.

“¡Má, Pá!...¿Dónde están todos? ¿Están escondidos?”

La pregunta se tropieza con el fantasma del eco que se encoge de hombros. Nada. Nadie.

Temblando en el closet, Paloma se viste lo bien abrigada. Con marcha vacilante, pasa de largo los cuartos que permanecen vacíos. También lo está la cocina, el garage. Ella camina a la casa de los vecinos y toca el timbre largamente, grita *buenos días*. Nadie atiende la puerta. Ni siquiera un perro se oye ladrar. Así luce el resto de las casas a lo largo del vecindario. Paloma empieza a correr. Ella corre las calles desiertas hasta llegar al Instituto La Salle, pero al asomarse por las rejas supuso que ya lo sabía...lo sabía....la escuela estaba cerrada como si fueran vacaciones. El patio estaba despejado, los salones de clases sin un alma. Ella recordó haber escrito un poema de cuatro esquinas en el baño escolar. ¿Estaría en su lugar? Paloma persigue madrigueras en el subsuelo, rompe el espejo del lavabo de mujeres. El poema no aparece ni en el *Larousse de las Rimas*, pero sí. Ella recoge un fragmento grande de vidrio, cierra sus ojos y empuja la punta filosa contra la palma de su mano. El dolor la hace saltar. La sangre fluye de su mano como una rosa aparecida en el aire por un mago.

Ella no soñaba.

Todos han desaparecido. Todo el mundo se ha ido. Estoy sola.

Paloma tiene la palabra *sola* encerrada en un paréntesis. Nunca más verá a sus papás, ni a su hermano, ni los amigos. Nunca más escuchará otra voz, excepto por la suya, hablando sola, cumpliendo un interrogatorio igual a la estatua en una plaza vacía. Ella mira el pedazo de espejo de un brillo más vivo y piensa en lo que eventualmente tendrá que hacer. Era un pecado, pero Dios tiene que entender.

La joven se sienta en la banca de la parada de autobuses. Lloro. El viento renovado sopla sobre su frente. Nubes viajeras se tienden como aquilones al cielo que retumba. Ella empieza a mostrar temor del hecho que podría ser llevada sin destino de apreciar la velocidad del meteoro.

“¡Por favor, no quiero ir a Oz!”, murmuró, y ese fue el último pensamiento que tuvo.

“¡Escoge una carta!”, ordena el mago, sus facciones eran similares al tío Jaime. Paloma no estaba segura de estar soñando esta vez. El mago le ofrece el mazo mágico en la cascada que es una baraja que baja las escaleras muerta de la risa. Las cartas eran cosas vivas que se juntaban y se dividían, se abrazaban y se mordían y se dispersaban en mosaicos animados y multicolores a sus pies, unas estaban cubiertas de escamas, otras de gemas, otras tenían cuernos y rabos: no eran cartas sino sensaciones, no eran sensaciones sino transfiguraciones.

“¡Escoge una carta!”

Paloma estira la mano.

“¡Sin miedo...Vamos, escoge una carta!”

De pronto, Paloma lo sabía...lo sabía....el truco estaba dispuesto para que eligiera la carta equivocada, porque la carta de Paloma ni siquiera estaba en el mazo. Y ahora....

El mago saltaba de arriba abajo transformado en un conejo desquiciado.

“¡Escoge una carta, escoge una carta!”

Paloma despierta en los escalones de una casa desconocida, abrazando sus rodillas al pecho. Su mano palpitaba, donde antes se había infligido una cortada a propósito. La herida era acumulada costra y una fiebre, una dolencia, un combate, una condena, un estupor, una llaga que es rosa de resurrección. Por un momento, escucha atenta el ir y venir de las gentes. El pensamiento lo aviva una pequeña fogata que enciende el entusiasmo porque deduce que el mundo ha vuelto a la normalidad. Al instante, los carros circulaban por las calles, las campanas de la iglesia tocan en la distancia. En otra orilla, la radio sonaba y permanece esa charla considerando el tema acerca de teñirse con henna el cabello de una entre cinco mujeres. Todo sonaba del modo normal al teatro de los elementos.

Entonces, ¿por qué todavía se hallaba temerosa?

Paloma estiró su columna vertebral, lavó sus pies blancos y emprendió el camino a casa.

Ella alcanza la Avenida Tres Rocas y dobla cuatro cuadras en dirección norte para llegar a la calle Laberintos y encontrar su casa bajo fuegos de artificio en el número 816. Allí encuentra un extraño Civic Honda, color oro para iluminar los túneles del ojo, estacionado al frente del domicilio, pero concluye que sus papás deben tener visitas. Una mujer que Paloma jamás había visto en su vida abre la puerta. Ama de llaves con la gran salva de geranios lista a saludar al amor entero que los solterones, divorciados o viudos dan por vencido. Ella mira fijamente a Paloma.

“¡Lucrecia!”, exclama la mujer. “¿Qué haces fuera de la escuela a estas horas de la mañana? ¿Estás enferma o algo?”

Paloma parpadea por respuesta, invisible en el cuadro.

“Bueno, no te quedes allí parada. Sírrete una gelatina del refrigerador y ya me platicas todo, mientras termino de cocinar el pollo”

La conversación es un golfo violeta. Paloma sigue a la mujer a la cocina.

¿Acaso se había equivocado de casa? ¿Acaso se había vuelto un bulto gris por los auspicios de una miopía en aquella persona que la confundía con su hija Lucrecia?

No estaba en la casa equivocada. Esta era su casa, su gran palacio de palidez y vaho, excepto por los muebles...diferentes del arte por el arte. El mobiliario estaba mal. Paloma observa libros, cuadros, flores que interfieren con el diorama de la memoria. La imagen no, el decorado es un *Early American* en lugar del *Provenzal Francés*. En la cocina, La figura de cera añade una manzana a la cesta en el centro de mesa: los platos y cubiertos, como a sí mismos, odian a su prójimo.

“Me parece que estoy en la casa equivocada”, Paloma dice en voz baja.

La mujer dirige a Paloma su mirada, sin dejar de cortar rebanadas de zanahoria.

“Vamos, no ha pasado tanto tiempo que volviste a comer pollo...¿Quieres tu gelatina?”

“No, en serio...¿Quién vive aquí?”

“Lulú, Lulú, esto no es gracioso. No me interesan tu sarcasmos ahorita....al rato te toca lavar los trastes. ¿Ok, señorita?”

Un hombre corpulento entra y abre el refrigerador. El individuo es igual al cero pitagórico que la mira a los ojos.

“¿Otra vez te corrieron de clases por sacar de quicio a tus maestros?”

“Hoy está de sarcástica...mejor no le des cuerda, Papá”

“¿No te he dicho un sin número de veces que no te comportes como una sabihonda?

No me importa que tu maestra tenga sus preferidos auestas...tu vas a la escuela a graduarte con honores.”

Paloma siente el escalofrío recorrer su espalda como un desfile airoso de hormigas. Su lengua se halla entumecida y seca. Toma un respiro carnal y mortal y acusa:

“No sé quiénes son ustedes o de qué están hablando. Mi nombre es Paloma, Paloma Zambrano y ésta es mi casa...y quiero que me digan ¿dónde están mis papás, Graziano y Graciela, y mi hermano Hírom?

La pareja se detiene en rotación y traslación.

“¿Víctor?”

“¿Victoria?”

“¿Qué vamos a hacer con esta jovencita?

“Tú eres la mamá...háblale tú primero”

“Cariño, a veces tenemos días que....”, comenta la mujer, pero es interrumpida por el varón, que la jala del brazo.

“¿Qué diablos es todo esto...algún nuevo juego de tu cerebro ocioso? ¿Quién carajos son Graziano y Graciela...de que ópera los sacaste?”

Paloma abre su bolsa cangurera y muestra una foto de su interior, una maltratada *polaroid*.

“¡Estos son mis papás y mi hermano. Se supone que viven aquí...conmigo!”

La mujer que se dice su mamá toma la foto y frunce el ceño. La muestra al hombre. Ambos intercambian miradas ochenta veces.

“¡Te doy una oportunidad más para que nos expliques esta tontería o te juro que no estoy tan viejo para ponerte un cinturón encima, ni tu tan vieja para quedarte castigada en tu cuarto...” , explota el individuo, mientras hace el intento de tomar las ordalías con sus manos.

“¡Víctor, por favor!”, la mujer lo detiene. Acto seguido, como adquiriendo el bálsamo que borra el pecado original, se hinca a la altura de los pechos de la adolescente.

“Cariño, supongamos que no es un juego. Meche, háblame a los ojos...dime, ¿qué es lo que pasa?”

“¡No me toque!”, grita Paloma y empuja a la mujer lejos. Antes de que le sea devuelto el escupitajo, ella alcanza la puerta de salida. Su corazón es el doble de su tamaño y las lagrimas resbalando en su cara es más lluvia convencida que llanto que enloda sus pasos mientras corre y corre.

El mediodía le encuentra un escondite a Paloma. Será una hora o dos de episodios intactos desde su escape de los llamados de la razón dialéctica. La hija extraviada se había ocultado en un terreno baldío con éxito. De pronto, un *French Poddle* se aproxima a Paloma. Ella reconoce al perro por su collar: la mascota de los Chaparro. Se trata de Lautrec, el Can Can, que era capaz de atrapar una pelota en el aire, a pesar de sus cortas patas. Paloma había jugado con él dos o tres ocasiones.

“Hola. Lautrec. ¿Te hallas perdido también?”

El perro agita las orejas, sin ladrar. Paloma se pone de pie y el animal la ataca, mordiéndole el tobillo a través del calcetín. Paloma se queja del dolor y retira con un acto reflejo al agresor. El Can Can huye y ella busca auxilio a su herida. Dos cuadras adelante, aparece el cartero apoyado en su bicicleta políglota, correo de imágenes.

“Perdone, ¿dónde puedo yo encontrar....?”

“Lucrecia Rodríguez, vaya, vaya. Acabo de cruzarme con tus papás que están desesperados, buscándote por todos lados. Mira que nunca los había visto así. Yo te llevo a tu casa si quie...hey, Lucrecia, Lucrecia, ¿a dónde vas? ¿No me escuchaste lo que te dije? Hey, tienes sangre el tobillo...¿Qué le pasó a tu tobillo? Oye...”

Paloma cruza la calle y se pierde varias puertas consecutivas hasta que ya no le es posible escuchar los llamados. Ella estaba hambrienta y sedienta. Un billete de veinte pesos es toda la fortuna que paga el casino en el cemento fresco, pero ella no se atrevía a entrar a la tienda de conveniencia con ese billete por el temor de gastarlo todo y se vuelva precio. Sin darse cuenta, estaba ingresando a un barrio paralítico al tamaño de un *set* cinematográfico, enterrado y resucitado con condominios donde caben todos los cuartos de tres metros cuadrados, cada uno inacabable como una galaxia. Un par de ancianos bajan de un taxi y conversan en un idioma que Paloma no pudo entender. La historia pública y los anuncios publicitarios aparecían escritos en un habla distinto al español. Paloma prefiere escuchar el zureo libertino de pichos, esos grupos valientes que anidan en los alambres, en las cornisas y en los árboles humillados. Escucha y sus labios dicen *sésamo*. La corrediza del minisuper se abre con un tedio que no se repite. La tía Hossana sale al paso con su bolsa de provisiones.

“¡Tía Hossana, soy yo....Paloma!”

La anciana reacciona como si la procaz joven hubiera vomitado encima de ella. La vida es prosaica, vasito para limosnas: lo natural es estrafalario y ni un poquito, ni menos de un poquito cambiaría su belleza, *ergo* los viejos se vuelven niños otra vez. El cuerpo enfermo y resistente de la vieja evade el abrazo a extensos manotazos, repitiendo una sarta de arias germánicas en contra y a favor.

“¡Tía, ¿por qué me habla de ese modo? No sé qué me dice!”

Un caballero de antaño, engomado y engolado, señalado por la decencia, se entromete en el conflicto y toma a la anciana áspera por los hombros, forcejeando con ella como la leve torcedura de una palanca que detiene el mecanismo primitivo.

“¿Le pegaste a la niña? Maldita perra senil, ¿quieres que nos vuelvan demandar? ¿Te das cuenta de los problemas que provocas?”

La vieja queda a salvo en las torres de frascos y conservas, en la muralla de los empaques.

“¿Se encuentra usted bien, señorita? ¿La lastimó? Aquí no ha pasado nada...¿Verdad?”

El sudor resplandece encima de los labios temblorosos. Paloma retrocede, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro.

“Veo que está sangrando del pie...déjeme ver su herida”

Paloma huye de nueva cuenta.

Pueblo chico, infierno grande, conjuro de los gatos contemplativos entre las antenas de televisión. Si se rehiciese el mapa del infierno, resolviendo el tamaño del pueblo, tendríamos que dar asilo a los desprotegidos que viven en las tarjetas de lotería: el león, el dragón y el cisne. Paloma es una triste alma empujada contra un aire de vidrio, un parabrisas. El Volkswagen familiar se detiene al lado de la fugitiva. Toca su claxon. En el centro habitan siempre los personajes más enrarecidos y generosos.

“¿Paloma Zambrano...eres tú? ¿Eres Paloma Zambrano o alguien distinto?”, pregunta la señora Nelly de Conde.

Paloma queda boquiabierta de oír ser llamada por su nombre, que casi escapa el relapso oculto en la fugaz risa. Su pequeño cuerpo se mete por la ventanilla.

“¡Sí, sí...soy Paloma Zambrano! ¡Por favor, ayúdeme! ¡No puedo encontrar a mis papás o a mi hermano, ni sé donde estoy! ¡Tengo hambre y mi pie me duele mucho! ¡Ay, todo es muy raro esta mañana!”

La señora Nelly de Conde le abre la portezuela en un estirón y la invita a entrar.

“Entra, pequeña. Vamos a que comas algo”

El cambio de postura durante el cambio de velocidades compone las explicaciones melancólicas.

“Yo tampoco hallo a Octavio y los muchachos desde esta mañana”

Paloma no hace comentarios.

“¿Sabrán tus papás donde te hallas?”

¿*Sus verdaderos padres?*, se preguntó Paloma. O Víctor y Victoria, aquellos mortales que no eran de su especie. En cualquier caso, la respuesta era no. Paloma negó con la cabeza.

“Así que te saliste por tu cuenta, ¿eh?”

“Hubo un viento muy fuerte...no pude dormir”

“Probablemente, el viento sopló lo suficientemente fuerte y nos llevó a un nuevo lugar o puso a los demás en otro sitio distinto. Todo parece tan revuelto y confuso. Nadie tiene ni siquiera el nombre correcto. Algún mago compuso unos pases mágicos.”

“¿Ah, lo sabe?”

“¿Qué? ¿El mago? Bromeaba. Yo culpaba a Octavio y su Biblia. Mi esposo, junto a ciento cuarenta y tres mil otros salvados, esperaba el rapto, el arrebato que dará inicio a la gran tribulación, cuando Dios tomará esas vidas y las subirá al cielo en cuerpo y alma y justo antes de que se cumplan los acontecimientos del Apocalipsis...pero esto no se parece en nada al rapto. No lo entiendo siquiera. Peor aún, no sabemos si es la primera vez que

sucede o...ha venido sucediendo en más ocasiones, sin que nos demos cuenta...cambiando las cosas de lugar, ocurriendo sin que nadie recuerde algo..."

"Tengo miedo"

"Es cierto"

"¿Usted cree que....?"

"Ya había pensado eso"

"Yo no me quiero morir"

"Yo tampoco quiero morir. Yo quiero a mi familia de vuelta. Yo quiero *todo* de vuelta a como estaba antes"

El Volkswagen rojo y negro alcanza la Avenida Tres Rocas y dobla cuatro cuadras en dirección norte para llegar a la calle Laberintos y encontrar la casa bajo fuegos de artificio en el número 816. Afuera, en el ilusorio imperio externo, se mueven los inquilinos de lado a lado de la acera, acompañados de la policía.

"¿Qué es lo que está haciendo, señora Nelly? ¿Por qué me trae aquí?"

La Psicóloga al volante no responde.

"¡La encontraron!", grita mamá Victoria, alejada unos setenta ruegos de la televisión.

"Gracias a Dios, ella está bien. Se lo agradezco mucho, Doctora. No sé qué paso, no funcionó la medicina esta vez.", dice papá Víctor, mientras turna instrucciones con los dedos.

"¡Suéltense, auxilio!", grita y patalea Paloma, al tiempo que es bajada del vehículo por dos enfermeros. La pieza no sirve, pero lo irreparable es la renuncia.

"Fue tan dramático. Ella estaba parada en la cocina jurando que los Chaparro eran sus padres y nos mostró una *polaroid*. No sé como la consiguió.", comenta papá Víctor.

“Yo no confío en los hospitales siempre repletos. Ningún especialista asiste para que nos ayude con nuestra bebé confundida. Dios la bendiga”, solloza mamá Victoria.

“Lo sé. Difícilmente controlable es la vida de los aquejados del síndrome de Capgras, los pacientes son incapaces de reconocer las caras familiares. Por ejemplo, ven el rostro de su cónyuge, de un hijo, de un amigo...pero no pueden procesar la información que identifica a dichos sujetos. Viven condenados a no reconocer a nadie, a creer que todos los que los rodean son extraños impostores que se hacen pasar por sus familiares. Y en cuanto a la agnosia topográfica que me facilitó el rango de alcance de la pequeña Lucrecia, el padecimiento en otras personas como ella, los hace incapaces de recordar un paisaje. Da igual que pasen 100 veces por la misma calle, para ellos siempre será como la primera. Estos enfermos no pueden salir de la manzana de su casa sin riesgo a perderse, ni viajar solos a parte alguna. Pero, sorprendentemente, sí son capaces de recordar hasta el más mínimo detalle de los edificios que han visto, cuando hacen el esfuerzo de memorizarlo en casa. En fin, ahora solo queda continuar los tratamientos...”, responde la Psicóloga y se despide.

“Lucrecia va a tener un montón de terapias costosas”, afirma papá Víctor.

“¡Escoge una carta, escoge una carta!”, suplica el conejo.

La zagala voltea a la mesa que da la sensación de una resistencia a toda prueba, donde se halla el pastel de cumpleaños en una sola dimensión, y comenta: “la fiesta ha terminado”.

No obstante, Paloma sopla las velas. Sopla como si su vida dependiera de ello.

El conejo encuentra la pantaleta inmaculada y desaparece dentro del sombrero.

Paloma despierta en el paisaje caído de mercurio. Abre los ojos a un cuarto desconsolado, donde los muebles lucen atornillados al piso y la pared: las sillas, la cama, la cámara de circuito cerrado. Paloma voltea hacia el mazo de cartas sobre el buró. Ella reza porque regrese el viento.

Oh Sorpresa.

PANICO Y MIEDO

Ojalá pudiera darme una patada en el culo. Ojalá pudiera decirme a la cara lo que pienso de mí, pero me paso la vida criticándome a mis espaldas, a sabiendas que no encuentro ganas para discutir nada más. Me estoy convirtiendo en un cínico, en un necio, y por mucho que intente llevarme bien conmigo mismo, solo consigo fastidiarme, disponiéndome a partir sin rumbo fijo.

Un día me encontré caminando al lado de una larga pared. Las paredes son repeticiones de la realidad y, cuando sale el sol, los ojos se agotan al igual que cuando los cierras, todo sigue igual. El sonido de mis pisadas choca con el largo muro que se extiende por los avisos del hombre. Los ladrillos chuecos y mal sellados se asoman por partes. Por encima de la pared vuela un objeto esférico tan rojo que al principio supuse era un corazón, hasta que rebotó a unos pasos frente a mí. Provocando un rebote en un ángulo obtuso para romper su sombra sobre la acera calcinada. Entonces yo vi que era una pelota. Algún niño arrojó la pelota por encima del muro y todo supone que ahora la debiera regresar al otro lado.

Con prisa dejé caer mis cosas de la mano y corrí a alcanzar la pelota. En un momento quieto, mi pestañeo revisa detenidamente la bola de hule, hueca y llena de aire lúdico, llena de esdrújulos, nueva y elástica como la pelota de hule con que solía jugar años antes. Una pelota esponjosa y resinosa que adoraba y que hace mucho tiempo había perdido. Una pelota querida y olvidada. *Allá va*, grité y aventé la pelota al otro lado. Pude haber seguido mi camino de no ser porque, segundos después, la pelota voló de vuelta por encima del muro hacia donde yo estaba.

Un juego, pensé. Nadie se resiste al juego.

Juego al frontón con mi risa y corro en pos de la pelota. La detengo con ambas manos. Y de nueva cuenta la arrojo por encima de la pared, sintiendo extraña felicidad de levantar el brazo como se palpa la esponja de entresueño desde que se pierde el interés en tales recreos infantiles. En esta ocasión esperé al pie de la pared, y de nuevo regresó. La más hermosa pelota roja elevándose alto, rozando al lado del toldo que cubren las nubes por encima de mi cabeza y haciendo pausa antes de volver a caer, hundirse con la gravedad, como un objeto que se detiene por un golpe de címbalos, y recibir ese impulso para procurarme el suficiente tiempo para tomar posición abajo como un buen *fielder* y atraparla firme con la frente.

Te tengo.

Ojalá pudiera darme una patada en el culo. Ojalá pudiera vacilar conmigo para coger la pelota antes, sabiendo que no llego. Y yo trate de atraparla, muerto de la risa, intentando ganar, haciéndome a un lado. Yo tenía doce años y era difícil verme jugar en la calle, consecuentemente crecí solo. En ese año, primero de secundaria, mis compañeros empezaron a jugar a perderse y señalar con el índice y yo no hice muchos amigos. Aunque tengo bastantes familiares, igual era el pariente incomodo. Los maestros podían referirse a mi persona como la hormiga caminando la luna.

La verdad se te va de las manos, resbalando sin responder a nadie, cayendo hasta romper su obscura yema de huevo huero. Me regocijaba en pensar que había un niño particularmente amistoso al otro lado de la pared. Un niño como yo, como el niño que fui. El niño que perfecciona el diccionario y que resiste al dios atroz que a los propios hijos devora siempre. Y yo digo que el satélite que atravesó el mediodía no se reconoce al salir por el otro lado. El patio secreto que imaginaba detrás de los ladrillos erosionados es

redondo a causa de los cuentos. Quizás mi amigo anónimo era más joven de lo que yo era en mi recuerdo, puesto que a los doce años uno no tiene reparo de jugar con extraños.

Arrojo la pelota de regreso, gritando: “*Hey, ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?*”. Nadie contesta al otro lado. Yo espero por una señal. Estoy parado en la mano abierta del surrealismo. Los diminutos insectos del mediodía zumban y se posan en ambas orejas como sedientos de mi sudor en su cueva de los pensamientos. A veces la espera puede ser una sorpresa tan grande como todo un planeta. A veces una comezón que provoca movimientos reflejos. A veces cruzo los brazos para sujetarme. Para mantenerme recogido dentro de mi propio cuerpo y no largarme. A veces desespero tanto, que me hago una camisa de fuerza con los brazos, y tengo que cruzar las piernas para no salir por abajo. Otra vez la pelota roja sobrevuela la barda. No sabes si sueñas o vives, pero estás obligado a continuar el juego. No tengo oportunidad de tenerla al alcance pero entro a ciegas en la espiral de la calle, la cual es parte asfalto y parte adoquín y poco tráfico, no obstante un camión se dirige veloz a mí. Escucho el rechinar de los frenos y el claxon vibrante y caigo de bruces. Me lastimo las rodillas, rompiendo la tela del pantalón como la noche levanta las sábanas de las vírgenes. Resbalo por culpa de un adoquín que se cree protagonista y sangro. Un perro cruza creyendo haber visto manzanas rodar. Lo uno es compensado con lo otro. El perro me saluda. Se ofrece jugar a las bodas imposibles. Me mira deambular en dos planisferios de conciencia con ojos tristes como diciendo, Yo me iría, pero la verdad, pobre animal, él nunca lo haría. Cada uno cumple el continuo de la vida. A veces resbalo y me caigo y me hago roces en las rodillas o en las manos. Pequeñas heridas que tardan en cicatrizar. Y aprendo a moverme sin rozarme, a tomar las cosas sin apoyar los dedos, o nuevas formas de caminar. Son heridas pequeñas con la que aprendes a vivir. Las vigilas, las cubres con una tirita salpicada de penas ajenas. Y un día, te detiene una mano de licencia indecisa y te

arranca las tiritas sin avisar, y después de unos segundos de escozor, descubres que las heridas ya no están. Levanto la mirada y el camión y el perro se retiran, siguiendo un curvado arco iris. Localizo la pelota brillantemente roja junto a sus dos lunas y nuevamente recogida, el viento parece poco a poco. Quizás ya ni me toque en el hombro para anunciar su despedida cuando se reanude el juego. Junto al punto de partida, cansado no del juego sino porque la hora es la hora de los cansancios, le arrojo la pelota a mi amigo invisible a tocar el centro inexistente del cielo, de modo que cuente con el suficiente tiempo para ubicarse al otro lado de la pared. La pelota sube y baja, elaborando un cordel meridional, y yo espero. Respiro agitado. Nuevas nubes cubren el sol y sigo esperando. No fue tan sólo un desenvolvimiento contra el muro. La tapia tenía dos capas: la de cal pegadiza, la de mi sombra. Después de un rato, llamo inquieto, “*Hola, ¿me escuchas?*”. La desolación es igual a cuando descuelgas un auricular y nadie responde a tu saludo. Tú vuelves a preguntar, “*¿Hola?*”. Una vena brinca en la frente. Yo supongo que el niño se marchó. Perdió el interés y se fue. Y reparo en el daño especial, el otro rasgar. Ahí me quedo parado, abandonado. Frente a una pared de la ruina en su corintio y esperando. *¿Esperando por qué?* Volteo a las cosas tiradas que traía en mis manos durante el nacimiento del día. Mis medicamentos. Dos cajas de Zyprexa con el activo Olanzapina. El Laboratorio Lilly aprobó el lunes la venta de la droga, calificándola como una opción efectiva contra la esquizofrenia. No se conoce la causa de la esquizofrenia. Se piensa que la estructura del cerebro y su equilibrio químico pueden tener un papel en el desarrollo de la enfermedad. El terco sustantivo mezcla tu vida con una vida que no es la tuya y entonces conoces a alguien tan especial que no cabe en sólo una persona. La esquizofrenia no es curable, pero es tratable. El relapso se me echa encima. Ojalá pudiera darme una patada en el culo. Me siento obligado a saciar mi curiosidad antes de entrar a otro episodio agudo. Escalo los

ladrillos decrepitos y subo la pared ensuciándome las manos y los brazos, las ropas, la lengua, aún más. Brinco del borde con su altura de dos metros y el impacto contra el suelo me estremece el cuerpo. Sube la espina dorsal, del largo de mi indignación. Encuentro un taller automotriz desechado en el lugar. No hay ningún niño alrededor. La maleza ha crecido dos dedos e invadido la chatarra allí depositada. La basura expuesta a la fiesta de la lluvia y el paso de las hormigas. Yo busco la pelota. No voy a abandonar el lugar hasta no encontrar la pelota. Tengo la certeza que se halla por ahí. Después de unos minutos, descubro la pelota bajo un tapanco, cubierta de polvo y telarañas. Ya no luce nueva y brillantemente roja sino cuarteada y deslucida. De todos modos, la exprimo con triunfo y la huelo. No huele a nada, en realidad. Su olor es terrestre, su olor es de mi propio miedo.

RUE MORGUE

“Las casa vacías son más difíciles de vender que las casas amuebladas”, comenta la señora Velásquez al hombre con frente muy prominente y dos pelos secos por bigote, mientras acaba girando la llave de la cerradura, invitándolo a pasar. “Ellas se ven más chicas por alguna razón, ¿no lo cree?”. El hombre de ojos rígidos entra al lugar sin interrumpir a la vendedora. “Yo digo que si hay más espacio deberían verse más grandes, pero sucede al revés siempre. Debe tratarse de una ilusión óptica”.

Al comprador ya se le había mostrado las casas vacantes y también las casas amuebladas. Una mansión con alberca, el piso en régimen de condominio, la casa de interés social, la casa moderna, la casa remodelada, la casa estilo contemporáneo, la casa estilo californiano, la casa estilo Tudor, la casa en rústica mexicana, muy de estilo Barragán, la casa con galpón industrial, con atelier, la casona antigua, la Quinta, los balnearios frente a la playa privada. Un corto paréntesis que incluyó el Penthouse, el Bungalow, el Shack, el Chateau de aluminio y hasta un duplex consiguiendo el dinamismo de un prototipo de la casa dymaxión diseñada por un estudiante del propio Buckminster Fuller. Cada domicilio ofrece una vivienda prometedora, pero ninguna, tras la dura inspección, enteramente satisfactoria.

- Espero no estarla exasperando, Madame - dijo cortésmente el caballero. Aunque de hecho, era éste el inmovilizado.

- En lo absoluto, señor...

La frase se extiende a pregunta.

- Poe, Edgar Allan Poe

- En lo absoluto, señor Poe...es mi trabajo- responde la mujer, con una amplia sonrisa.

La mujer realmente lucía resuelta, sin muestras de cansancio o hastío. Con un pie en Bactriana y otro en Delfos. Una meta clavada en la frente y su trato servicial, supremamente en control. Elegante de zapatillas al peinado, vestido de tres piezas, luciendo el gafete azul de la Cámara de Corredores de Bienes Raíces de Veracruz. Ella posee las llaves para toda cerradura. La puerta se abre y ella invita a su cliente a pasar.

El comprador está hecho para sentirse pasivo, indolente. El se instala un pomo de puerta en la frente. Mejor dicho, su cerebro esta dividido en habitaciones. Gusta de hacer escuchar sus comentarios, echar a volar la decoración con un estornudo. Las mujeres siempre vienen muy arregladas, calculan espacios, planean donde irá cada mesa, cada vitrina, cada sofá. Los hombres se asoman a las ventanas, se interesan por los materiales, a veces hablan de tirar algún tabique, alguna pared. Existe un eros enfermo y tibio en el acto de ir y venir, entrando por nuestro pie dentro de casas de gente que no conoces, repasando las recámaras donde esos extraños vivieron una vida en secreto. La inmobiliaria pone un cartel de SE VENDE o SE RENTA y su representante observa tu mirada con atención como si te hubiera llevado a una prueba de alguna naturaleza, a un reto, a un acertijo. El comprador se torna irritable, impaciente. Entra en pánico porque no logra hallar el alto premio. Esta allí, bajo las supernas luces, en alguna parte, esperando. Unas veces rechaza casas con un simple “Lo siento, pero no”. Otras veces, no se molesta por bajar del carro de la Sra. Velásquez. Los dioses socorren un poco y el comprador pide ver una de las viviendas por segunda vez como si repentinamente supiera que se halla desperdiciando su tiempo y el de la Sra. Velásquez.

Sin embargo, la Sra. Velásquez seguirá afirmando, “Es mi trabajo”.

Nuestra vendedora le aclara al Sr. Poe. “El cliente siempre sabe lo que prefiere o no”.

Ella le pide que la llame por su nombre. El nombre de Carlota suena algo así como sacado de una carta con noticias del imperio. El cliente se siente comfortable en seguirla llamando por su apellido. Le agrada. Sin embargo tiene que recordar que la mujer está tratando de venderle algo. Una piedra comestible que cuesta un cuarto de millón al menos. Lo que provoca calcular la comisión que se lleva el agente con el producto de la venta. El trata de mantener este hecho en su cabeza. La terrible verdad que un vendedor jamás concede.

La casa ahora mostrada al Sr. Poe se ha mantenido en el mercado por trece años. Y su precio está sobrevaluado. La Sra. Velásquez, de hecho, no cree que sea la propiedad idónea para su comprador. La residencia es una casona del tipo colonial, ubicada dentro del centro histórico de la ciudad. El Sr. Poe inmediatamente enfrenta un candil de cristal cortado de diez brazos que cuelga del preciso centro de la sala. Los hilos de telaraña la mantienen unida al cielo raso. No hay muebles.

-La arquitectura es distintiva, ¿no le parece? – Carlota comenta, para romper el silencio. Curiosamente, no podía determinar si su cliente se hallaba ofendido por la eternidad sucia del polvo o de suerte conmovido al encenderse de nuevo esas luces. – Por supuesto, necesita algo de trabajo –

-Sí – responde E. A. Poe rápidamente, como tratando de callarla.

E. A. Poe camina hacia la escalera. El techo es alto, de vigas transversales. El piso es la expresión de una tendencia puramente decorativa. El borde está compuesto por complejas cenefas de diferente anchura y el elemento central lo ocupan los estilizados dibujos de flores y zarcillos dentro de una reja abstracta, hojas de vid y los motivos

cuadrados y octágonos que se repiten. Los pasos suenan incómodamente fuerte y las voces hacen eco, particularmente aquella en la Sra. Velasquez. La Sra. Velasquez sigue hablando nerviosa, incesante. El errante escucha presiente que podría comprar esta casa. Hacer una propuesta en ese instante, anunciar una puja razonable. El desabotona su saco. Sus ojos se cierran un momento. La Sra. Velasquez siente que puede escuchar el corazón delator, o algo que comience a silbar en el choque del aire.

-¿Escuchó eso? – le pregunta el hombre estupefacto a Carlota. Ella endereza la cabeza, arquea las cejas hacia arriba para pescar un sonido. La vieja casa está silenciosa. En el exterior, los esporádicos gorjeos de las aves saltan del tejado a las nubes, pero en el interior cerrado se esconde el ruido en otra vuelta al tornillo.

-Suena como un pájaro carpintero percutiendo la madera...

La Sra. Velasquez no escucha nada.

Ambos suben los escalones con barandilla de herrería. La escalera del árbol y el árbol de la casa. El Sr. Poe explora las catorce puertas en la planta alta. Trece se pueden abrir con normalidad, pero la decimocuarta está cerrada y tapiada. Cuando por fin consigue abrirla, el propio Poe se encuentra con un pasadizo secreto que lo conduce a otra casa tan parecida a la casa donde quedó la Sra. Velasquez inserta en un óvalo, que resulta muy escalofriante. Sin embargo, hay ciertas diferencias que llaman su atención: un hombre tan desconocido como maravilloso escribe a máquina en una mesa. Ese es el ruido terco que escuchaba. El ruido de los tipos martillando el papel. El sujeto en la silla etrusca es encontrado en pleno estado de delirio y reducido a la condición de abyecta ruina humana. El Sr. Poe le dirige la palabra.

-Yo creo haber visto con anterioridad esta parte de la casa años antes, pero usted no me parece un inmortal.

El individuo tan pálido como la nieve y la luna parece no darle mayor importancia al hecho que un extraño invada el aire cercano a su asiento. Finalmente, pergeña otro pasaje y pregunta sin voltear:

-¿Has escrito algo importante?

-Fechas en lápidas. Ni mármol ni papel. Fechas, sí, excepto del día de mañana y el de pasado mañana y del día mil años a partir de hoy. Y tu nombre en cada uno de ellos.

-Díctame los nombres

-Muerte roja

-La caída de...

-Usher

-¿Pozo?

-Péndulo

-Repite, *Nevermore*.

-Estúpido

-No escuché esto último que dijiste

-*Delirium tremens*.

-Otra vez

-Estoy aquí para enterrarte junto a tus libros.

-Cuando la muerte llegue, ¿Cómo le harás tu mismo recibimiento?

El Sr. Poe se detiene a revisar la escena de nuevo. No hay nada en el cuarto sino el espacio mismo. Simple espacio delimitado por cuatro paredes. ¿Que otra cosa pudo haber allí? ¿Que esperaba ver allí?

La Sra. Velásquez aclara su garganta con un tosido. Ella pregunta a su cliente si tiene alguna duda respecto del inmueble. Pasado un segundo compás del tic tac, éste se

voltea a la representante de la inmobiliaria y le contesta que no. El ya ha visto todo lo que necesitaba ver. Ella lo conduce de vuelta a la *rue morgue* y le entrega su tarjeta antes de despedirse. Le recomienda llamar a su casa si lo considera urgente. Ya si decide ver otras casas fuera del perímetro o ya si desea una segunda visita al dolmen en miniatura. El lo agradece, estrecha su mano sin estorbo y sin sonrisa. Más tarde, en la habitación del hotel éste rompe la tarjeta en mil pedazos y los arroja al basurero. El Sr. Poe se va a la cama y duerme 72 horas seguidas. Se despierta sintiéndose forrado con piel nueva. ¿En donde diablos estaba? ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué leve tutela de gulliver restablece la mitad inferior del apéndice al sueño? Advertido del fin, el moverse un centímetro le pareció como moverse a lo largo de un eón.

VERIFICACION DE LA INFIDELIDAD

Antonio Adamo, treinta y ocho años de edad, un metro setenta y dos centímetros de estatura, cincuenta y ocho kilos de peso. Narciso deslumbrado hacia dentro del televisor y una ligera barriga abultada debido al consumo de cerveza todas las noches. Un individuo que en alguna ocasión considero la posibilidad de usar botas, para lucir los vaqueros en el trabajo. Un hombre con un problema crónico de gastritis y una cuenta en el banco con la firma mancomunada de su esposa para calmar el secreto prurito que provoca la idea de los negocios con el ahorro de 75,816 pesos. Antonio Adamo está felizmente casado con

Rita Faltoyano, veintinueve años de edad, un metro sesenta y dos centímetros, un peso de cincuenta y dos kilos, pero dispuesta a reducir una talla antes de las fiestas decembrinas. Scherezada con el cuento nuestro de cada día. Hermosa e inteligente, preservada por su misión. Que descubre goteras en la cocina y decide ir a hablar con la portera que de paso ha de recordarle que el casero viene en la tarde a cobrar la renta nueva. Una mujer con ganas de limpiar la casa todo el tiempo. La ama de casa con el definitivo gusto en el color de las cortinas y el tipo de yogurt que se guarda dentro del refrigerador. Mamá de dos niñas, Esmeralda y Rubí, a quienes trata con imparcialidad y amor, que heredaron el color rubio cenizo de su cabello y el par de ojos como dos gotas de miel. Ella ha visto a su esposo crecer de un trabajo temporal de oficina a supervisor regional de una cadena de tiendas de conveniencia. De una revista olvidada piensa que ya no cuenta con la edad para levantar pasiones y causa en su esposo el encono con la cara lavada. Ambos han permanecido casados por ocho largos años.

Existe una tercera persona.

El triángulo.

“Ya no queda catsup, papi”.

La voz de Rita alcanza a su esposo, petrificado en silencio, con su corona de caricias en la cabeza. Mojado de color con las imágenes en pantalla. Sentado en su sillón favorito, solo se ve las manos cuando retoma las noticias entre los comerciales. En un momento, baja el volumen desde el control remoto.

-Voy a la esquina a comprarla – responde al anuncio.

-Compra salsa *Del Monte*, ese le gusta a las niñas

-Ok, cariño, voy igual por unos cigarros. Vuelvo en cinco minutos.

Se agitan las llaves. La nueva luz del alumbrado público entra a la sala al abrir la puerta. El no se molesta en darse una mirada al espejo. Sale con la misma sensación del perro que está por todo el barrio y lo ha visto cambiar. La panadería ahora es un banco, la cerrajería es una escuela de informática, la vulcanizadora nueva estación gasolinera, y el terreno baldío de los inconstantes dueños otra vez luce maquinaria pesada, y pronto se inaugurará un gigantesco videoclub. El puesto de periódicos permanece. Y eso sucede porque el estanquillo es una especie de pequeño templo de Delfos en el que existe todo lo preciso para consultar los oráculos del día. La tienda de los chinos se ubica al final de las aceras pintarrajeadas, fosfóricas en sus diáfanos monólogos para que parezca que las nubes se hacen rocas cuando alguien afloja las poleas.

La voz de Rita igualmente ha sido sabia al no permitir que las niñas caminen por su cuenta en esas calles.

En la tienda de los chinos, Antonio saluda a los dueños del lugar, el señor y la señora Wu. Palabras moscas contestan su nombre entonces con toscas artes. Antonio hace versos buenos y versos malos por encima de la caja registradora mientras la señora Wu desliza la botella de catsup dentro de una bolsa de papel estraza y el señor Wu cuenta

pacientemente el pago en monedas. Antonio alcanza una mosca que quería salirse por el vidrio y Buda se recupera de su golpe.

Antonio evita chocar con nadie al regreso. Camina deprisa. Avanza, retrocede. Esquiva semáforos, farolas cansadas, adoquines levantados. Hace alto delante de una cabina telefónica y detrás de un mapa gigante con las rutas de los colectivos. Rodeado de gente que lo mira y no lo ve. Baja y sube el peldaño de la acera. Tropieza con alguien, mira sobre su hombro, hace contacto visual. La mujer se halla allí, esperando su parada. Entonces la calle gira, la imagen se vuelve panorámica. Las estrellas arriba brillan, los coches abajo sufren el encontronazo. Antonio se halla prendado.

Fue algo muy simple, sin fanfarreas ni preámbulos. La mujer era alta, con porte de actriz. Vestido de flores bien escotado. Las tetas inmensas que ni siquiera alguien tiene que inventarse excusas para mirarlas, ya que las decisiones de Dios son incuestionables. Antonio responde tenso como el tipo que se enamora de las partes del cuerpo. Pero no de una forma sexual, sino más bien como una imagen bonita que gusta observar con detenimiento. Una época se fijaba mucho en el cuello, luego en la barbilla. Después dio a fijarse en los tobillos. Luego en las venas de los antebrazos. Es tan bonito observar, enamorarse de algo anónimo. Quererlo tocar. La mujer está advertida de su atractivo. Disfruta viendo que los demás también lo hacen. Y es que siempre ha tenido un corazón muy grande. Siempre pensando en los demás, aunque no le conozcan. Ay, qué gran corazón. Antonio estruja la bolsa de su mandado con ambas manos. No hay más que medias palabras en el lenguaje de los transeúntes. Juego de los furtivos *cómo*, dado que la mujer nunca desvía el rostro de su atención, como toda mujer está obligada desde el momento que un extraño se le queda observando con excesiva complacencia en la calle. Ella devuelve la mirada que rescata el universo. Instantáneamente causa un leve pulso

mutuo entre dos santos que se absuelven sus acciones y aprueban sus designios a partir que no hay tiempo para perder el tiempo. La provocación le ha conseguido todo tipo de proposiciones. Las más bonitas son las de los jubilados, que por ella son capaces de ofrecer hasta su pensión.

Se escapa el autobús y la mujer sonrío. El buen humor a veces se consigue fácilmente. A base de mezclar un poco de calor, luz neón, y la sensación de que alguien mínimamente guapo te persigue. Mintiendo con verdad, Antonio preguntó si ya era el último camión, y enseguida le recomendó una dieta con la educada excusa de que a lo mejor estaba reteniendo líquidos. La mujer inclina hacia un lado la cabellera luminosa y desatada y detiene un taxi con un pañuelo. En ese momento la idea que se trate de una prostituta atraviesa la cabeza de su interlocutor. Al cambiar de color la súbita rosa, Antonio retracta el viejo pensamiento y la sigue al interior del vehículo.

La pareja se dirige al Motel Venus. En el interior del cuarto, Antonio canta *Bésame Mucho* en francés. Su cabeza está de fiesta. El dolor se ha liado con la alegría, el miedo con la satisfacción y la ansiedad con la tranquilidad. Y ahora bailan por parejas, se miran a los ojos con dulzura, se cantan canciones, se meten mano y se engañan unos con otros. Los celos se quedan solos, esperando que alguien les invite a bailar, mientras los demás siguen de fiesta. La fidelidad nunca acaba de llegar. La mujer retoca un poco los labios marítimos de pie a una cama circular, cubierta con una felpa de color blanco.

-Un oso polar – comenta Antonio

-El color de la soledad – Ella responde.

-¿Qué?

-No hagas caso

Termina la plática. Guarda el estuche y empieza a desabotonarle la camisa, a correr el cierre del pantalón. A desanudar los zapatos trotando entre astros muertos.

En ropa interior, Antonio se recuesta y con la herramienta de la mano observa el turno de ella para desvestirse. La desnuda espalda succulenta se muestra y el ángel de los infiernos en su cabeza, anuncia ‘Esos valles te daré si me adoras’. El sabe, en ese momento, que el testimonio de Asmodeos vale por los que vendrán. Ella coloca el cuerpo fabuloso encima del suyo.

Antonio toma un taxi de vuelta. El aire se ha vuelto un poco frío. El mantiene abierta la ventanilla durante el trayecto hasta el vecindario. El cerebro perfumado con sus pensamientos. No hubo más palabras de por medio, pero el mensaje quedó ahí puesto para la siguiente ocasión. Y la posterior y la consecutiva.

El introduce la llave a la cerradura de su casa con la mirada cenital. Rita sale apresurada de la cocina al escuchar el estrépito de la puerta de entrada y se queda allí parada, mirándolo de frente, el par de guantes jabonosos contra la cintura, los ojos eléctricos.

-Bien, ¿dónde andabas? Ya todos cenamos, excepto tú. Las chuletas las tuvimos que comer sin catsup. La tuyas ya están bien frías. Dijiste que regresabas en cinco minutos.

Antonio le entrega la bolsa de papel con la botella de catsup y la besa suavemente en la mejilla.

El sólo discurre las palabras necesarias. “Me encontré un viejo amigo. Nos entretuvimos un rato platicando del clima”

Y ciertamente no mentía.

II. Verão

Bien, ya estamos encima del punto de no retorno. ¿De casualidad este primer segmento de fábulas te ha vuelto una mejor persona? ¿Tus axilas huelen dulce ahora y tu flatulencia es más ecológica? ¿Ya cooperaste con el Teletón y además eres amable con los vecinos de tu barrio? Otra advertencia, lector: En el catálogo de la literatura universal deben existir menos de cien libros que con plena justicia pueden ser considerados *libros*. Eso quiere decir que sus publicaciones han cambiado la conciencia colectiva. Pudiendo mencionar, por ejemplo: *Las Analectas* de Confucio, *La República* de Platón, la *Summa Teológica* de Tomás de Aquino, *Don Quijote* de Cervantes. *1984* de Orwell, *El Laberinto de la Soledad* de Paz. Aquella misma obra ganada con el sudor de las nalgas. Y tú nunca pretendas encontrar reflexiones igualmente significativas en lo que resta de este librito. Sin embargo las historias implicadas, principalmente en el conjunto inmediato, fueron escritas para entretener, decir un cuento y esperar una rápida reacción. Darte un martillazo en la rodilla y esperar tu movimiento reflejo. Si ellos guardan alguna lección de la vida digna de tomar en cuenta, ésta solo será extirpada mediante el filoso instrumento de tu imaginación. Esto es lo más cercano a una sabia enseñanza que te puedo dar, con lo que me pagan de beca.



EN LAS PUERTAS DEL MILENIO

El impensable momento que se abrieron las puertas del infierno ocurrió durante la penúltima campanada del 31 de diciembre del año de 1999, precisamente la fecha que fijaba el fin del siglo XX y el inicio del nuevo milenio.

A medida que el astro solar determinaba la repetición de la música de las esferas, transitando el ecuador celestial en la nada y el todo, un número infinito de portentos tuvieron revelación en la tierra: un borrego bicéfalo nació en Dorset, cerca del pequeño poblado de Blanford, en una plantación ilegal de opio. Naves hundidas salieron a flote cerca de las islas marianas. Aquí, allá y en todas partes los ojos de los infantes adquirieron una mirada vieja y muy sabia con la formación extraña de una doble pupila. En el estado hindú de Maharastra, las nubes arrojaron flechas al suelo. En Grecia los olivos empezaron a sangrar y el aliento de las estatuas ofrecía un olor pútrido ante varios testigos. La Aurora Australis apareció a los nativos Moaris. Un unicornio fue visto galopar las leguas de la noche por las calles de Vizcaya, en tanto la herida de la luna la hacía desgraciada con un color de sangre. Innumerables augurios en un lenguaje u otro. Cambios de suerte.

Y, por supuesto, la entrada al infierno quedó abierta en el lapso de una campanada.

Por un imposible momento, el entero mapa del universo instaló su boquete como da anillos a los planetas. Y los escapes fueron afectados en torno de un meteoro ajeno. Judas Iscariote halló la salida. Calígula lo siguió. Charlotte de Corday d'Armont, guillotizada y pálida, fuera de sus manos iluminadas con la sangre de Marat, vio la oportunidad de huir. Vlad Tepes, el empalador, suelta una terrible carcajada de triunfo antes de salir con el resto. Jack, el terrible Jack, y Landrú, que se hicieron los grandes amigos en el averno, corren juntos.

También lo hacen Cesar y Lucrecia Borgia entre serios empujones dados uno al otro, pero es Lucrecia quién finalmente rebasa al hermano. Hernán Cortes cabalga la medianoche de su tristeza, montado en su fantasmal corcel. Millones de condenados más se dan a la fuga.

Hitler se hallaba justamente al lado del portal y pudo haber escapado, pero no lo hizo. El se alegraba de haber encontrado un hogar esencialmente pagano. La eternidad la tenía dispuesta para pintar rosas sobre las paredes del infierno. Y no podía consentir el dejar su obra maestra atrás.

La puerta se cerró al tocar la campanada final y todo volvió a su estado original.

Como se explica cuando una bomba atómica explota, donde la bola de fuego aspira los restos que provocaron las ondas de choque y la marea de calor asciende a convertirse en una nube en forma de hongo, de igual modo un remolino fue creado más grande que la evasión masiva de almas y al momento de cerrarse las puertas del milenio en definitiva, todos los condenados fueron succionados al interior de nueva cuenta. Excepto uno.

Evangelina Bosada escapó inadvertida. Al fin burocracia de los participios, a pesar que los registros infernales son contantemente mantenidos al día, nadie notó su ausencia. Los prófugos asumen su postura de nunca firmar documentos colectivos. La demencia del Notario dice que no existe lo inefable y arroja sus libros en el fuego central que estalla de cuando en cuando, y eso es todo.

Pero Evangelina Bosada, recientemente confinada al abismo, estaba de vuelta en el mundo.

Sucedió un homicidio doble en Veracruz en 1988.

Las luces se apagaron en el Departamento 38 del Edificio Lotería Nacional. Una vivienda más en una ciudad de viviendas comunicantes, pero en este apartamento en todas

las paredes había un muro hendido por el acrecentado barullo de una madre soltera viviendo con sus dos hijos. Los disturbios cesaron de pronto. Los vecinos empezaron a extrañar el llanto de los pequeños. La madre explicó que se los había llevado de vacaciones con sus abuelos en Tabasco

Evangelina Bosada era una mujer que lo tenía todo, reina de belleza, lujo y dinero sin la necesidad de trabajar, la gentileza de los extraños, el tipo deseado por otras en su cama y el oficio de la Bella Durmiente. Osada, no reparaba en tomar lo que estuviera al alcance de su mano, puesto que su sonrisa se burlaba del alma del hombre. Pero su vida entró en plurales violencias. La nube encinta de tormentas. El padre de sus hijos la abandonó y ella se contempló en el agua estancada de los deshielos al siguiente instante.

La tarde del 17 de Septiembre los niños sufrieron las consecuencias de sus inestables reflejos. Por un tiempo, tuvo los cuerpecitos sobre la mesa sin saber que hacer hasta que dispuso del hacha de cocina y urdió el sangriento solipsismo con el filo del instrumento. Enseguida, enterró las partes en las macetas que tenía en el balcón. Los cuerpos mutilados son hallados porque el hermano delata a la hermana, luego de que ésta le confiesa su acto de carnicería y entonces es convencida de entregarse sola a manos de la justicia.

El deceso de los pequeños Gerardo y Eduardo y su inhumación en macetas, conmocionó y avergonzó a la opinión pública. Los comentarios iban desde la posibilidad de haber presenciado un sacrificio ritual hasta la broma morbosa de que la madre simplemente tenía intenciones de poner de un jardín de niños. Durante la instrucción penal, con los varios interrogatorios y peritajes, Evangelina jamás soltó una lágrima de remordimiento. Los motivos fueron inciertos, pero la condena precisa: 30 años de cárcel. No fue cumplida

cabalmente porque Evangelina murió en prisión en 1998. Su alma es sentada a la silla de los escarnecedores para toda la eternidad.

Liberada del infierno por casualidad, Evangelina Bosada, escaló el cielo para encontrar a sus hijos.

Era la hora del crepúsculo cuando llegó al cielo. El cielo era otra ciudad enorme como cualquiera, convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, mercados, bares, hoteles, monumentos, catacumbas. Otra ciudad con todos los olores y todas las materias, excepto por los tonos pastel. Otra ciudad sufriendo los problemas propios de la sobrepoblación. La cara de los residentes muestra ligera rigidez urbana, aunque el trajín, el regateo y el trapicheo guardan una alegría larga. El clima es más fresco que en el infierno. No hay aviones en el cielo, todos tienen alas. El paraíso es la trinidad: la luz que lo baña todo, la varona y el varón vestidos de viento.

Evangelina pide direcciones a los santos contemplativos y es conducida a una plazuela donde una fuente es surtidora de soles. Allí, en el borde de la pila bautismal, encuentra a dos querubines que remojan sus pies en el agua.

Ella trata de hablar y se halla muda. Quizás era la enorme emoción de hallar a sus hijos o quizás era que antes había gritado demasiado en el infierno y se había desgañitado. Hace un nuevo intento y susurra sus nombres. ¿Gerardo? ¿Eduardo?

Los niños voltean a verla. Ella vuelve a pronunciar sus nombres con más fuerza. Los niños se miran uno al otro y vuelven a mirarla. Se impone la estolidez del contacto visual y la mujer no puede contener el llanto. Toca la cabeza de uno de ellos.

-¿Quieren saber lo que sueño?

Los niños sonrían

-Sueño que soy una muñeca de trapo, llorona y descolocada. Lanzando las piernas y los brazos al vacío, buscando algo que abrazar. Mi pelo de estambres se mece de un lado a otro mientras mi mirada, desesperada, busca algo para soñar. El movimiento salpica el suelo de aserrín como un llanto y es tan semejante al de los vagones de un circo donde vive una niña encerrada en una jaula, porque el mensajero de Dios la vendió por veintiún siclos de plata. Y no tiene su muñeca, pero nadie la escucha. Todos están de espaldas, buscando cosas que no les hagan llorar. Ya se los había dicho, ¿no?

Los niños sueltan la risa que el oído quiebra. La amnesia cae por su propio peso.

-Sí, ya les había contado eso.

Entonces la sombra de Dios cubre el cuadro. El llega por detrás de los pequeños y sin decir palabra, apunta con el dedo firme la ruta de regreso por el mismo camino que la trajo al lugar. La frontera que convida a poner las trampas de la fe. El Cañón del Colorado, en parte, es artificio.

-No voy a regresar. No hubo intenciones malas de mi parte. Ahora tengo la oportunidad de aclararlo. Tú debes saberlo, tú tienes el libro de los designios duplicados, ¿no?

Dios insiste tres noches y cinco días. Al final, uno de los niños habla.

-Eres una forastera aquí. No te puedes quedar

Dios la expulsa, agarrada del brazo. Ella se suelta con un giro brusco.

-Ok, no me empujes. Yo puedo sola encontrar el rumbo.

Mira a sus hijos por última ocasión y se encamina a la salida del pueblo. Los ángeles de migración la terminan escoltando hasta la puerta de hierro. El arcángel golpea con el puño tres veces y una hoja se abre, dejando escapar una lengua de humo que lame los tiempos bíblicos. Corriente de aire no menos caliente que maloliente.

-Cuando vean a la Mantis Religiosa, le dan mis saludos cordiales...

Entonces Evangelina se adentra en el éter escarlata y la puerta se cierra tras ella para siempre.

Cubriendo las paredes del infierno, hay un fresco de rosas tan bellamente pintadas que el espectador no puede contener las ganas de ir en búsqueda de una maceta y cortar una flor de sangre en el jardín de las caricias. Es idolatría: tocar la espina que indulta a los dedos y a lo que es temporal llamar eterno. La casa del crimen barre pensativa los pétalos que cayeron del motivo pincelado en la capa mural. Rosas de la resurrección. Las flores del amor en el lugar más insospechado de todos.

LUCES DE LA CIUDAD

Enrique Patricio, con su estatura más alta que las cumbres y los ciontonueve años de infancia, se acuesta a dormir a la una de la mañana en cualquier banca dentro de la estación de ferrocarriles donde termina la calle de Constitución. Sus muchos nietos le hacen saber en sueños la preocupación por estos rescoldos del espíritu que suplen su ceguera, “¿Por qué te arriesgas a caminar en esta peligrosa ciudad en la noche?”. Pero Enrique Patricio ha caminado cada dirección de esta ciudad desde que tiene memoria y él cree que el Dios de sus ancestros lo protege, le brinda un traje como la cal muerta en las palmeras y entonces, por milagroso que pueda parecer, nunca ha sufrido un rato desdichado en las calles. Aunque Veracruz ha llegado a convertirse en un territorio rodeado con largas púas de encono y olvido, escenario sin sol para los más detestables depredadores que ofrece el final estacionamiento de *chilangos* y marineros de brazos verdes, Enrique Patricio ha sido capaz de internarse por los rincones que le plazca, aún arriba del puente, *loshon hora*, golpeando el pavimento con su bastón de contera, en la medida que sube en dirección a la zona norte de la ciudad. Pero ni siquiera la silueta frágil del hombre con un bastón conmueve a los pelafustanes con latas de *spray* que corren pegados a las paredes como las ratas. Ellos se acercan a él en bola y Enrique Patricio extiende su apoyo al frente y entonces estalla un resplandor de luz en la punta y, después de eso, la plataforma queda nuevamente vacía. La vara de Moisés, el cayado con las fuerzas para separar las aguas durante la persecución del pueblo elegido, todavía guarda suficiente carga, no obstante dos capas de barniz. El suceso es invisible para el mundo, para nadie. Si un mortal se adentra en la zona de las vías, es capaz de observar el más impresionante ejemplo de arte nativo. Enrique Patricio escribe poemas mínimos con gis, por ejemplo “*Amor / taja / dos*” o “*Tu / Yo*” o “*TBCYTDG1BB*”

y etcétera. En cualquier caso, resulta un grato recreo frente a todas las obscenidades y publicidad política que uno es capaz de encontrar en los lindes de la ciudad amurallada.

NECROFAGO

Kali maneja un taxi. Uno puede ser lo suficientemente hábil para este trabajo cuando se tienen más de seis brazos. El auto se detiene frente a la ventana panorámica de Conceptos Café. La Santa Muerte observa mi llegada al otro lado del cristal. En realidad, ella tiene la vista perdida igual al que mira con fija atención el cielo raso sobre la plancha de disección. Entro al lugar.

Al fondo del humo que se come las caras, espera el cuerpo enteramente tieso. Ella mueve los ojos siguiendo mis movimientos hasta que tomo asiento al otro extremo de su mesa. La mirada es vidriosa.

-Soy Moira Camposanto. No te conozco. El desastre de las citas nos hace ser los únicos supervivientes. ¿Eh, lindo?

No digo una palabra. No es que tema mi cita con la muerte, sino que me incomoda la idea de estar presente cuando suceda.

-Te recomiendo la hamburguesa con papas. Tú sabes, el exceso de grasas aumenta el riesgo de un infarto entre la población. Yo voy a llorar hasta que de mis ojos salgan las mujeres enlutadas para seguir con el postre.

-¿Tengo que responder a eso?

-Tú estás completamente muerto.

-Voy a ver el menú. Fastídiale la vida a otro.

Me puse a jugar con la esquina del mantel y entonces mi alma quedó atrapada allí para siempre, en la tela cuadriculada -que antes fue una saya blanca- mi bandera de paz. La pareja vecina dejó de decirse cosas al oído y se quedó suspensa con una servilleta fija en su frente, signo y clavo. Volteo al menú por la paciencia de las estaciones. La pareja se levanta

como un par de fantasmas. No obstante, el sitio se encuentra lleno. Gente trasnochada. Platicando, clavando su mondadientes en los *hors d'oeuvres*, frotando las heridas que los mató. La Santa Muerte se enciende y se apaga.

-El karma no tiene menú, te servirá lo que te mereces. Ahora dime...gime a mi oído. ¿Qué es hermoso de escuchar de tus dolientes cuando yaces en el féretro?

-¡Miren, se está moviendo! -respondo con dignidad silenciosa. Por un instante, tocamos las palabras que decíamos, luego vuelve el ruido de las cucharillas, crece el ir y venir de gentes. Busco a la mesera. La Santa Muerte atraviesa la pared y desaparece.

La mesera hace su ronda, la bandeja de aluminio en alto. Un zombie, un muerto viviente, una *necromesera*. Ella había sido, obviamente, una modelo de Fuseli de bucles aceitados con el esperma de ballenas, ligeramente perfumada con el zumo de un limón verde exprimido con el puño cerrado, un tatuaje de cobra en un pecho que viene intensificando el rumor del crótalo en la medida que se aproxima. Ella pone la bandeja sobre el borde de mi mesa y reparte los platos. Una jarra de agua podrida. El plato sucio en el cual el par de chocolatinas ha sido colocado sobre dos poemas de Emily Dickinson y una galleta cremosa tipo *gaufrette*, simulando una cara seria. El platillo fuerte, el corazón humeante de mi primera esposa entre dos panes de remordimiento, una aceituna verde de malestar y doble porción de puré de errores, la cucharada de salsa *gravy* al centro.

-¿Necesitas sal o pimienta, guapo? -ella pregunta y sonrío mostrándome su dentadura falta de dientes.

Miro mi cena.

Allí estaba ella: descompuesta e insípida. Igual que una manzana será siempre un amante, pero un amante no podrá ser jamás una manzana. Y yo fui compelido a hacer varias veces el uso de mi cuchara para defenderme de la ley de la gravedad. En vida

habíamos peleado. En vida rompimos las promesas. En vida los dos nos amamos dejando sentir alfileres durante ocho años, más en vida los años se volvieron añicos ante los ojos de los físicos. Entonces ella rompió con la frente el cuadro de mi diploma en el área de recepción de mi oficina y con un fragmento de vidrio se abrió las muñecas. La silla perdió sus cuatro patas ante la mirada atónita de la recepcionista, que estaba demasiado asustada para socorrerla. Y ella se desangró en medio de la sala de espera, de modo que mis clientes pudieran ver el tamaño de mi impotencia para salvarla de sus demonios.

-¿No es de su agrado?

-No mucho...es carroña

La mesera se inclina, toma el platillo y lo coloca en su bandeja.

-Siento pena por ti, amor. En un momento nuestro *Chef* lo regresará al horno crematorio. Antes, te meterá una cabeza de gallina dentro de la boca y te coserá los labios con hilo rojo.

Tomo el platillo y lo coloco en mi mesa nuevamente. Yo tuve más de una pareja con el tiempo.

Nunca dejen propina después de tres días de muerto.

CLARIUCORDIS

Yo persigo la historia más grande que deba contarse.

Mis padres han dicho que yo seguiría escribiendo aunque quedé al final de la lista de los mudos. Y si yo fuera abandonada en una isla desierta, despacharía mis notas en una de esas botellas lanzadas al mar. Clásico, aunque nadie nunca ha resuelto el misterio de cómo un naufrago olvidado en una isla puede hacerse de botellas vacías para lanzar al mar. Como si hubiera una conveniente cava de vinos que reclama atención en lugar de un fax activo. Aunque yo resolvería el mejor de los correos en la trompa de los delfines, confiada en que estos animales poseen un excelente sentido de orientación. O si fuera extraviada en el más remoto punto del K2 o Dapsang o monte Godwin-Austen, a 8,611 metros de altura, en el segundo pico más alto del mundo, en el Himalaya, yo abreviaría la borrasca del silencio inacabable en un chivo expiatorio que dejaría al alcance de un pastor sherpa o un Yeti. O si yo fuera enfundada en una camisa de fuerza y metida a una celda recóndita en el asilo del fin del mundo, yo seguiría escribiendo sobre las paredes internas de mi boca con la punta de la lengua. O si yo fuera petrificada en ámbar...

Diablos, estoy divagando....

Mi oficio es ser reportera. La nota es respecto al niño, el emisario de Hamelín. Yo tengo la orden mecanografiada en mi escritorio y firmada por el mismo jefe de redacción, diciendo: *Hay un chamaco que dice que tiene la historia más grande del mundo y que solo te la va a contar a ti.*

-¿De que diablos me hablas tú? – Toco el hombro del superior en la cadena de mando y nos sentamos juntos en el negruzgo blanco del memorandum.

Don Alfonso Valencia me mira como si quisiera fulminarme en la hora exacta y me responde.

-La policía y los bomberos tienen a un niño sentado en la cornisa del mirador en la Torre del Banco de México. Nadie sabe como se subió allí el mocoso, pero eso no importa. El problema es que no hay poder humano que lo haga bajarse del lugar.

-¿Por qué no?

-El chamaco pide hablar con los periodistas aciagos del Dictamen

-Le pregunté por qué no

-Porque cada vez que se acerca un bombero, el chamaco le pica los ojos y el rescatista pierde el equilibrio. Por eso, idiota.

-¿Y cual es este asunto de su historia sensacional?

-Mira, Haddad, yo que chingaos voy a saberlo. Tú serás mamá algún día. Yo tengo cosas más importantes que hacer en el decano de la prensa nacional. Por lo que a mí concierne, los dos se pueden ir a inflar burros por la quinta pata.

-Ok, detengan las prensas. Noticia a ocho columnas: ¡BOMBA EN PANADERIA MATA HAMBRE!

Me río solita como loca. Antes de que diera cuenta de lo que estaba haciendo, hago mío el café de la mañana que fuera de Gutenberg. *Que chingados*. Quizás si se trataba de la historia más grande mundo. ¿Qué tan frecuente eso sucede? Yo puedo contestar eso ahora. Quisiera que no fuera así. Esto solo sucede una vez en la vida. *Carajos*.

No te sientas obligado, pero si quieres volar, permite a las gaviotas que te lleven entre todas. El resto de los hombres, marinos, guardafaros y piratas, suben la mirada hacia la construcción dominante del malecón de Veracruz. Todo lo que pensamos se erige en el

singular edificio concebido para albergar la sucursal Veracruz del Banco de México. En los muelles establece la utopía. La edificación comenzó en 1950 y se concluyó en 1952. Fue inaugurada por el entonces presidente de la República Miguel Alemán Valdés. Diseñada como un prisma rectangular de planta cuadrada, se complementa con jardines, espejos de agua y grupos escultóricos, obra de Francisco Zuñiga, que aluden que la monotonía es causa de la ruina y que la variedad también es causa de la ruina. La torre ocupa una manzana completa. El espacio fue arrebatado a las bodegas de sanidad internacional en nombre de la modernidad. Hoy en día alberga la Gerencia de Petróleos Mexicanos. En su planta baja ofrece modelos a escala de los navíos y las terminales marítimas de PEMEX. Durante la transición el piso del mirador fue confiado a un particular para la instalación de un restaurant al máximo...

Coño, de nuevo estoy divagando....

Me identifico con el oficial a cargo. Tomo el elevador sin problema alguno. Salgo a asomarme por encima de las casas pobres, de la suma de los curiosos y su valor del uno por el otro. Gracias a dios, no padezco mal de altura.

Pues bien, no se trataba de un muchacho desquiciado que estuviera trepado en la forma perfecta que huyen los gatos. Era un niño en verdad, como de nueve años de edad, pero que caminaba con placer de adulto a lo largo de la cornisa. Divertido, como es mirar el amor de las palomas dos horas antes del atentado suicida. El niño vestía un chaleco cerrado de peluche rojo y ajustado por un cinturón con una hebilla económica. Los leotardos eran de color verde y las pantuflas cafés. En la cabeza usaba un gorro puntiagudo, con una adorno de plumas. Las manos cruzadas en la flauta de madera, separada de un ensamble antiguo, dispuesta a tocar una melodía, aunque no le queda espacio para llevar a cabo una danza. Las campanas en Catedral tañen a distancia para el que no puede soportar la

sorpresa. Si tuvieran un minuto extra, completarían la hora de fuego. Mientras tanto, algo sucede con la hora de los niños. Los niños ya no hurgan la tierra. Los niños ya no toman batracios por rehenes. Los niños ya no son heridos por un grito de juego. Los niños ya no ensanchan el césped seco de pisadas. Los niños ya no mecen ángeles en el columpio. Los niños ya no muerden las manzanas robadas al despistado vendedor. Los niños ya no quieren nacer niños, pero los niños son huérfanos del control...

Oh, no. Otra vez me salgo del tema...

El niño se me queda mirando. Yo le regreso la mirada. Ninguno de los dice algo. El gesto parece políticamente correcto, puede que el vidrio del cielo caiga a pedazos de empezar en otra forma. Finalmente, rompo el silencio.

-Sopla algo de viento aquí, ¿No crees? ¿Por qué no bajamos a la calle a compartir una buena noticia?

El responde muy parsimonioso. De mirarnos y al fin conocernos al intercambiar los *buenos días*.

-No, gracias. Yo puedo bajarme de aquí el momento que yo quiera. Le pido disculpas por haberla hecho subir hasta acá, pero soy un niño y es cierto que si hubiera pedido arreglar una cita para verlo al nivel del mundo, otro adulto me habría detenido. O se reiría con pulcros ademanes de despedida.

Dios mío, éste es *El Principito*. Lo esencial es invisible para los ojos. Infancia y madurez comparten principios afines, pero con cincuenta años de diferencia. ¿O estaría ante el raro caso de un enano con síndrome de progeria? Odio al fantasma que grita: Sálvese el que pueda. Y bota su corazón como el lastre de un globo.

-Hey, ¿Cómo te llamas, niño?

-Me llamo Schikanneder, pero me puedes decir Yuyo.

-¿Dónde están tus papás?

-Provengo de un lugar muy lejano en el tiempo y en el espacio. Estoy aquí y ahora para platicar contigo.

-Dime Laura, pero ¿Por qué yo?

-Porque tú conoces el cuento

-¿Qué cuento?

-El Flautista de Hamelín. El músico que desapareció a todos los niños de una comarca por la puerta fantástica que abrió al lado de una montaña y cerró detrás de ellos cuando el Alcalde de Hamelín no quiso pagarle un centavo después de que hubo cumplido la encomienda de librar a la ciudad de la peste de las ratas.

-Odio las pestes. Escucha, no tengo la más vaga idea de lo que me hablas. ¿Esta es la importante historia que tienes para mí?

-En tres días se cumplirán seiscientos años desde aquella mañana que se sucedieron los hechos.

-Bueno, Feliz Cumpleaños. Yo me voy de aquí.

-Sí, señor, es correcto. Aunque quiero ser más justo que mi antecesor y ese es el favor que te pido. Tú eres más comprensible. Tú tienes la oportunidad de advertirles, de disuadirlos, antes de que yo.... –señala a la multitud ondeando la bandera de Junio.

Yo me encojo de hombros.

-La gente querrá una prueba

-Ok, te haré una pequeña demostración.

El niño pone la flauta en su boca y entona una melodía.

La melodía no me conmociona, como si en la tonada no estuviera ejecutada la palabra esencia, pero las cucarachas no contuvieron su frenesí y echaron a andar de todos

los rincones de la podredumbre. Si existe una explicación científica del porqué una cantinela tocada suavemente en una flauta puede ser escuchada por las cucarachas de todo un continente, se trata de una explicación que se jacta de insondable en los arcanos de la Ciencia que pertenece a los iniciados. La fórmula secreta del ciclo irreplicable que jamás estará a nuestro alcance.

Salían de todos los rincones. Al principio, se trataba de un tenue sonido de celeridad rastrera, de lances apretados en una carrera corta. Y la agitación evolucionó a golpeteo común de marcha aviesa y la marcha creció a bíblica plaga. Las patas resbalando de los desechos plásticos y emitiendo un sonido de rechinar de dientes. Varios grupos saliendo de los corredores principales del camposanto, del vaivén de los embarcaderos, de los mercados, de las bodegas, de las cajas de seguridad. Y la espesura se hizo un excremento rodado del haber intestino y el camino recorrido quedó sumergido en un negro tapete movedizo, donde se conducen agolpadas todas hasta la escuadra final del rompeolas que representa el muro de pescadores. Al mismo tiempo, en la superficie del mar, fuera del recinto portuario, se forma el remolino de un sueño instantáneo que se conoce a fondo. El tropel de insectos se arroja al vórtice del macelo anclado, que se cierra dejando olas plegadas, y desaparece bajo las aguas. No es que la profecía fuese mala, simplemente era lo que tenía que suceder.

Yo volteo a mirar al menor que cesa su melodía.

-Yuyo, ahora la gente querrá saber que es lo que nos tienes que decir.

-Quiero que todo el mundo deje de hacer lo que viene haciendo hasta hoy. O se atienen a las consecuencias.

Y eso fue todo.

No hubo más explicación.

Esta noche se festeja en grande por ser la de los estribos perdidos en el bote de basura. Alto a la violencia. Alto a la corrupción. Alto a la contaminación. Alto a la sobrepoblación. Alto a la mentira. Alto al robo. Alto a la discriminación. Alto al canibalismo. Escuchado todo esto, alguien puede concluir que nos referimos a ratas.

Dios mío, vuelvo a divagar.....

La semana siguiente, me convertí en la emisario del emisario de Hamelín. Visité municipio por municipio, cabildo por cabildo, licitación por licitación. Todos se rieron de mí, por supuesto. En las oficinas del Señor Gobernador, las audiencias me fueron negadas repetidas veces por motivos nefastos o inocuos. Finalmente, como medida extrema llevé a cabo un bonzo frente al Palacio de Gobierno, pero lo único que conseguí fue *quemarme* con la gente.

El día de ayer, justo cuando estaba por cumplirse el plazo, volví a sentarme en el filo de la saliente de la torre del Banco de México. El pintoresco ser permanecía en el mismo sitio, haciendo piruetas con su flauta como si deseara no estar ahí. Yo pierdo la mayoría de las excusas durante el viento cruzado.

-Lo siento mucho

-Yo lo siento más. Tuvieron seiscientos años para recapacitar y no lo hicieron. Eso es mucho tiempo.

-Hice lo que pude

-Tú no eres una mala persona, simplemente no te esforzaste un poco más. Animo, amiga, la vida es como una caja de chocolates.

-No entiendo. ¿Por qué la vida es como una caja de chocolates?

-Que voy a saberlo. ¿Acaso tengo la edad correcta para ser un filósofo?

Schikanneder se pone de pie y lleva su flauta a la boca. Esta vez escucho la melodía. Era una música inefable que los dedos del artista introduce en los oídos y lo sigo. Y todo la gente lo sigue de igual manera. Ellos dejan a un lado el nombre propio y salen a las calles. Salen de las cuatro esquinas de las casas, las oficinas, las fabricas, el carnaval. Ellos llegan desde lejos y de distancias señaladas con el dedo. Y la avanzada forma una legión y la legión una multitud incalculable que se concentra en el muelle. Al mismo tiempo, un carguero negro atraca y desde la profunda bodega de la noche empieza a almacenar contenedores de gente. La gente entra al barco de dos en dos. Todos los adultos del mundo. La melodía permanece confundida con el entendimiento. ¿Oyes el ruido que hacen las corcheas al morir?. Está acabado y sus ojos se notan húmedos. La extraña nave zarpa con el repleto cargamento del vacío del siglo XX y mide en dolor la singladura. Desaparece entre la neblina. No es que la profecía fuese mala, simplemente era lo que tenía que suceder.

Schikanneder me entrega el huevo del fénix y, antes de esfumarse en aire, me dice que deja en manos de los niños el programa de Gobierno. La noche de clariucordis. Quién sabe. Yo tengo otra versión. Cuando el flautista regresó a Hamelín se llevó una dura sorpresa. El Alcalde le salió al paso y le dijo:

-Bueno, mi flautista, sabemos tu treta. Ya tenemos trampas importadas. Aquí tienes tu moneda de oro. Adiós.

El flautista regresa con su grupo de ratas y se sienta a llorar en medio de ellas. Las ratas miran atónitas la escena. Una rata rechina la panza de hambre. El flautista truena los dedos y propone llevar a cabo lo que se llama *un rapto express* y pedir más oro a cambio.

Esa noche, las ratas secuestran a todos los niños dormidos. El flautista regresa al siguiente día y exige a las autoridades locales que le entreguen dos bolsas de oro si quieren ver de vuelta a los niños.

El alcalde se queda pensativo un momento y responde

-Está muy quieto el lugar desde que no tenemos niños. No hay vandalismo. No hay rock and roll. Despedimos al maestro y nos ahorramos una lana del presupuesto. Convertimos la escuela en un *Table Dance*. No hay problema, se puede quedar con ellos.

-Oh no, los voy a traer de vuelta. Son un verdadero castre.

-No, no. Usted se los robó en buena lid. Son suyos.

-Ya no los quiero

-Tampoco nosotros. Ahora, lárguese de aquí.

Al saber esto, las ratas llevaron a los niños de vuelta. Los acostaron y abrigaron en sus respectivas camas y regresaron al lado del flautista.

Y entonces se lo comieron.

Diablos, estoy divagando otra vez....

III. *Outono*

En defensa de una subtextualidad tan breve como parece el bloque de narraciones siguiente, el alegato trae a la mente el refrán de Melville que reza: “Ningún volumen grandioso y perdurable puede ser escrito respecto a la pulga, sin embargo muchos lo siguen intentando”. Más sin dejar de mencionar al maravilloso Don Marquis de Sade, que pudo escribir un libro entero acerca de una cucaracha llamada *Archie*. Una cucaracha, ciertamente, es más grande que una pulgada en la regla de medir evolutiva, pero, ¡hey!, yo no tengo todas las respuestas. Cosa de platicarlo con Kafka. Mi arbitrio es de pocas pulgas. Los cuentos próximos son un circo. La moraleja es ridículamente obvia: Ten cuidado con lo que deseas...se te puede cumplir. La consigna suena vulgar tantas veces que la has escuchado, pero repasa lo siguiente. Cualquier cosa que tú ambiciones, tus enemigos siempre obtendrán el doble. No titubees en elegir el apropiado malestar.



MALIGNO

Luzbelito dilata la pupila. Da patadas en el útero de la madre de modo que ésta se dobla del dolor. Amamanta sobre el pezón lacerado y chupa con fuerza la leche de los pechos. Rompe la noche con su llanto, cuando el cansancio gobierna silencioso a los dormidos. Vomita. Caga. Prepara los contragolpes de saliva, hambriento de caricias, de comida. Tira las cosas al suelo pues nació carente de la unción que ni siquiera tiene derecho a nombrar. La gracia de Dios. La salvación.

La marca de Satán. Raro caso de anisocromía de iris de nacimiento y un diente diminuto con forma de tizón para convertir el plomo en oro. Al tiempo ruedan los huecos puros de la dentadura primera. Niño chimuelo que rompe los percales de las abuelas. Coloca escorpiones dentro de los zapatos. Escucha su nombre y se esconde. *¡Chamaco del demonio! ¡Condenado diablito!*

Sigue la fiesta de los cumpleaños. Otro chivo negro le ha prestado sus cuernos. La madre le recita el libro de los muertos, le tapa los poros con ungüentos caseros. Lo sacude por los endeble hombros de modo que su cabeza sale volando. El sacerdote reza un *Regina Caeli* por horas, en lugar de la oración bautismal. En la escuela, los maestros llaman al grupo al pizarrón como los réprobos del fusilamiento. Ellos dicen que no es como el resto de los niños.

Si no es como los otros niños, entonces ¿cómo quién? *¿O qué?*

De pronto, el cambio de voz. Cantando con audífonos puestos. Llevando unas botas preciosas de Gucci que le dan un aspecto como muy militar. Comenta que está harto de trabajar. Que lo demás que le enseñaron ni siquiera ha hecho caso alguno. Mejor pasa la vida intentando distraer al monstruo que lleva dentro, para que no se entere de nada. Le

guarda respeto. Es capaz de enterrar vivo al mundo con dos palabras, por eso lo lleva a la iglesia, para que se relaje con el latín. Ahora queda con un amigo a tomar una cerveza. Avisa su sorpresa en la barra, pide una lager, y al rato se dirige al servicio. En el trayecto pasa observando a una familia de sudamericanos riendo y hablando muy alto. La voz más dura comenta que si alguien moría era porque alguien iba a nacer. El disiente al respecto encendiendo un fósforo con la uña y murmura que el cuerpo se te va pudriendo por dentro, por eso la gente tiene mal aliento. Porque envejecen mal. El monstruo prefiere hacer crucigramas mientras caga. El borracho vomita los malos sentimientos que lo ensucian y lo ahogan. La obtención del placer por medio de la desgracia ajena supera al sentimiento de culpa. Un antiguo amigo está dolido. Un antiguo amigo de correrías. Lo que hace la mano, hace la tras. El mal ejemplo. No le incumbe a la Ciencia conocerlo. El alto a la sucesión numérica en las calles e inicia el aquelarre en las canchas de juego. La mala educación. O furiosamente vivir en la muerte y morir en la inmortalidad. Angeles rebeldes furiosos. Aztecas realizando sacrificios humanos. Anatema a todos los usurpadores de la parusía, aspirantes al fin del mundo. Planilla del Lucifer, anunciando: “*¡Vamos a destruir todo lo que se encuentre al paso! ¡Cuidado!*”. Y ya sale del baño. Masturbación que se interrumpe. El amigo no aparece, pero está tranquilo. Gusta de la música que sigue sonando y no halla ninguna prisa. Le pregunta a la camarera si le ha visto venir antes de que él llegara. Nadie sabe de quién habla. Pide otra cerveza, y cuando ya se halla convencido de que se perdió el último de sus seguidores, la mesera retoma la conversación. El sonrío.

- No quiero que me cuentes tu vida, ni salir contigo a tomar algo, ni a un cine, ni nada. Lo único que quiero es que te acuestes conmigo, pero como no pienso demostrártelo, sigue caminando por tu mesa, que yo te miro el culo desde mi asiento.

Veintidós años de edad. Erupciones cutáneas en el rostro. En el local es conocida por su primer nombre. Muchacha tierna, pero extraña. Excitante. Un raro hábito de sacudir los hombros como tratándose de liberar de unos dedos metálicos e invisibles. Ella aprecia un punto rojo dentro del ojo de color más sólido al acercarse más. ¿Una basura? ¿Sangre?. Ella adivina enseguida. La marca de Satán. El mundo está lleno de gente con talentos estúpidos, le advierte éste. Ella acepta ir a la cama con él como muchas otras que la precedieron. Todas le miraron el pentagrama. La estrella de cinco puntas, pero jamás vieron el desierto rojo de su corazón. Músculo que jamás tuvo la sensación de pertenecer a nada, de formar parte de la vida de nadie, era como si no existiera, y en cuanto pasa del comedor a la sala, le han apedreado con miradas fulminantes, como si fuera el único invitado en esta vida que no regalara nada. No obstante, la mayor de las veces, un chiste te hace llorar, un caramelo te parte un diente, y un favor te cuesta la ruina. La chica se gana dos salidas más. El asunto se torna menos informal después de la tercera en fila. El ojo maligno se posa sobre su cuello, sobre las venas del antebrazo, sobre sus uñas pintadas en cinco artes grises, menos cine. Coloca en uno de sus dedos un aro herrumbroso por anillo.

- No sé si deberíamos seguir viviendo en pecado. Porque todas las horas que te he dedicado en todos estos meses deben significar algo. Aunque no puedo decir que te quiera, pero eres una parcela ya muy grande de mi rutina. Muchas veces he estado a punto de matarte, pero nunca he llegado a las manos. Y la verdad, hasta creo que hacemos buena pareja. Incluso tus amigos lo comentan. No sé, por un lado me gustas, y por otro no te aguanto. A lo mejor deberíamos casarnos.

La chica pregunta si es el castigo por haberse portado mal en una vida anterior. Aunque a lo mejor fuese al contrario, a lo mejor en la vida anterior a la anterior era peor aún, y el presente es fruto de una mejora de una vida que poco a poco va intentando ser

algo mejor. En ese orden de ideas, un ser absolutamente consagrado la merece en serio. Ella declina su propuesta. Peor todavía, da por terminada la relación.

El esconde el ojo aguamarino con la mano.

¡No! ¡No! ¡No puede ser cierto!

El está llorando. Gritando, se golpea el pecho. Dicen los informativos que el bien se ha convertido en mal, y ahora todos buscan a Bozo. Nacido demonio, ya tiene prohibido arrodillarse. Se recuesta en el piso en posición de cruz invertida y maldice, porque tiene por sabido que las oraciones de los fieles nunca le acarrearán ningún beneficio. Pasa un minuto, luego otro, y antes de que acabe el tercero, ella llama al celular por auxilio. Llevaba dos días desaparecida. Los demonios pueden ser convocados, controlados o expulsados por adeptos altamente calificados, tales como sacerdotes, magos, hechiceros o chamanes, aparte de los bomberos. El cuarto del motel es rodeado. Hay gatos negros por todos lados. Los espejos lo saben y lo callan. El le retira el teléfono móvil de un manazo. El aparato cae y esparce sus instrucciones por todo el piso. De todos, sólo Escher pudo desentrañar este encanto. El monstruo camina al otro extremo de la habitación al mismo tiempo que saca una navaja suiza del bolsillo trasero del pantalón. Da la media vuelta y corta la silueta de la cama, la distancia de su rabia, la adjunción de los corazones. Toma de la muñeca a su víctima y la jala hacia la puerta del baño. Las vocales se rompen durante el forcejeo. Al pie de uno de esos anticuados muebles de baño con asiento de madera, la chica es testigo presencial del delirio de su ron más borracho. Ella ha gritado tanto, ha abierto la boca estirando la cara de tal manera que se le ha dado la vuelta el cuerpo. Ahora el alma aparece delante de ellos, baila un rato y entonces elige rechazar definitivamente su amor y su perdón. El ser impío voltea la cara al espejo del lavabo, apuntado la punta del arma contra su propia visión. Inserta el instrumento con un preciso golpe y acaba removiendo el ojo de

su lugar. No hay dolor. La obscuridad simplemente roe la vista y convierte el humor vítreo en hemorragia y, con ello, apaga la lámpara del cuerpo. No hay remordimiento. Los artistas se cercenan una oreja. Los malditos, las dos. Los monstruos optan por vivir en las mesas de disección. El arroja el órgano de la vista al mueble inodoro y lo pierde, antes de que Satán pudiera intervenir. El salvado y el maldecido se separan para siempre. El ojo ileso se quita un traje de sangre en el chorro del grifo y ve las hordas celestiales metidas dentro del agua iluminada, de la que tratan de salir. Agua hecha no más de hidrógeno y oxígeno, sino lágrimas de alegría, de alabanza. *¡Gracias! ¡Gracias! ¡Oh, Dios!* Tierna dulzura del agua caliente y áspera curva de la fría. Fría en el agua fría. Tibia es la ablución, un extintor a su modo. En tanto ángeles con radiantes halos lo abrazan primero y luego lo toman de los brazos y lo elevan. Ahora es parte del cielo, colgado por los pies de una estrella. Balanceándose en el espacio con la cabeza hacia abajo. El viento agita sus cabellos dulcemente, resuena en la cuenca vacía de la herida absoluta de su liberación. En el nadir lejano, el mortal, como tú y yo, tiene un ojo en la mano y no sabe a quien ponérselo. La tentación es recia pues su manía es la ceguera. El amor al prójimo queda debilitado en cada ocasión, pero éste insistirá en verlo correspondido a la fuerza, aunque conminado al fuego.

El infierno está en el centro de la tierra.

NJKBNL J

Ete ttuloo lecrisbio im sibrono ricardocudano teina cicno msees poquire sumaam olpsuo dlanete dleteblaro dlacopotamodra. Su toi gabieler premotio hecar un cuneto dodne con etraxña simteria orto tipo ya junta las manos y juega con sus pulgares en giros de acróbata y se vuelve sudor pegajoso sobre el mostrador de madera, sobre el que se podían observar gran diversidad de artículos, desde medicamentos importados de Europa, hasta compuestos de uso común como bicarbonato de sodio, la denominada sal de mar, alumbre en panes, clorato de potasio, sal de nitro, y otros productos que se expendían al por mayor.

-Y así es como se lo explico, amigo

El boticario mira al viudo como un lector idiota mira un poema idiota, escrito por un idiota en la idiotez deliciosa de medio millar de papeles. Reflexiona un momento y gira en redondo, repasando la mirada indagadora contra la estantería donde se alineaban frascos con marbetes dorados al fuego, lo mismo que potes de porcelana y de cerámica que contenían las drogas y preparaciones requeridas para la elaboración de las fórmulas magistrales de la farmacia paracelsiana. Debajo de las estanterías se ubicaban una serie de cajones que contenían productos elaborados como pomadas empacadas en cajas de hojalata y debidamente rotuladas; también se encontraban allí drogas empacadas en sobres, que se expendían para que el fallecimiento resulte inoperante y que contenían, entre otras, semillas de linaza, flores de manzanilla, hojas de sen, flores de tilo, hojas de té. Otros cajones contenían emplastos, sinapismos, parches porosos, y otros artículos como ampollas de los denominados sueros, algunos aceites inyectables y los preparados sólidos. El boticario mira al viudo de vuelta, aclara la voz y revisa la consulta.

-Es decir, ¿su boca ha desaparecido? ¿Usted se refiere a la cavidad de la cabeza justo debajo de la nariz? ¿La abertura por la cual se toman los alimentos?

El prognato paciente asiente con la cabeza.

-O sea, ¿el órgano de su voz?

-Exactamente, señor. – Responde y aporta una enorme sonrisa.

El boticario hace colorear la foto donde aparecen vivos los maridos muertos y lo voltea hacia la calle. En las paredes de la botica y sobre las vitrinas lucen anuncios elaborados en colores y con imágenes. “*Reconstituyente Sansón abre el apetito y es multivitamínico*”, “*Ungüento 666, cura golpes y moretones*”, “*Remedio del jorobado, aceite desinflamatorio y eficaz tratamiento para la reuma y la frialdad.*”, “*Vigor sexual con Cápsulas de Tiro Seguro*”; “*Jarabe calmante del Tío Patiño*”, “*La panacea del Dr. O.K.*”. En el mostrador se observan algunas tarjetas religiosas y rótulos con personas, generalmente mujeres o niños, resaltando los beneficios obtenidos después del consumo de esos preparados específicos. Hay que ser un Hipócrates o un Ehrlich para traer grandes remedios a grandes males.

-Bien, qué le vamos a hacer, traigamos el Vademécum. – exclama el boticario y se encamina hacia un mesón de trabajo donde se tenían en forma limpia y ordenada todos los utensilios requeridos para la preparación de las recetas. Redomas, matraces, mechero, botellas y tapones de corcho de diferentes tamaños. Al centro de la mesa, adentro de un mortero, hay un obispo muerto. El obispo cambia de colores cada vez que lo muele la maza de porcelana. A los lados de la mesa, se amontona una pequeña biblioteca de consulta, conformada por voluminosos recetarios, entre los cuales se destacaba el *Formulario Magistral* de Bouchardat e igualmente importantes libros como *el Codex Medicamentarius Gallicus* o el *Farmacopea Francesa*. No podía estar ausente de esa botica, el afamado texto

de Dorvault, *La Oficina de Farmacia*, libro editado en 1884, una auténtica enciclopedia de Farmacia. El boticario regresa al mostrador, cargando un pesado tomo. Lo abre y repasa los caminos marcados con aire indagador.

-¿Qué parte específicamente le está ocasionando el problema?

-Me refiero a la boca entera. Mi boca con mis labios, mi lengua, mi paladar, mis encías y mis dientes. Mi boca, en su totalidad, ha desaparecido.

-Mmm, no le puedo recetar cucharadas.

-No quiero inyecciones tampoco.

-Lo que usted padece es el síndrome de Lambert-Eaton , o síndrome miasténico, que es un trastorno en el cual se presenta una debilidad muscular relacionada con el bloqueo de la comunicación entre los nervios y los músculos. Los síntomas varían desde la debilidad hasta la parálisis. En el caso de su cabeza caída, una atrofia. La dificultad para masticar y la dificultad para hablar. Por lo que supone que su boca ha desaparecido.

-No lo creo...

-Siento haberlo desilusionado, pero usted hubiera querido ser el gato de Alicia en el País de la Maravillas. Yo estoy viendo su boca ahora y está en su lugar. Igual que en el momento que usted entró a la farmacia. Si quiere le consigo un espejo para que la vea. Tengo unos muy preciosos aquí de 15 y 40 pesos.

El sexagenario se aparta del mueble mostrador, se endereza y saca los espejuelos de su bolsillo.

-Es una ventaja que yo pueda leer los labios, porque ciertamente no tengo necesidad de pagar los exorbitantes precios de este establecimiento.

Y diciendo esto, sale de la proverbial droguería, haciendo pausa en la salida para ajustar sus gafas, los cuales resbalaban ridículamente de su nariz debido a la ausencia de orejas y por eso quitó algunas letras para que pareciera le diera un toque de sordura. Njknj.

DIE WALPURGISNACHT

Hubiera sucedido que los padres de Abraham Oceransky no fueran procedentes de Polonia o Rumania o aún la separada Checoslovaquia y entonces él nunca se hubiera percatado que su vecina era en realidad una mujer lobo. Pero sus padres emigraron de Gabrovo, Bulgaria, muy cerca de los Balcanes, y por eso pudo reconocer las orejas aguzadas, el pelo sobre el dorso de la mano y que sube por los brazos cuando le entregaba la correspondencia abierta y la definitiva escoliosis en la columna vertebral por el peso de los senos enormes cuando sube a la azotea a tender su ropa. Por eso él estaba en alerta. Él estaba preparado con la casa dibujada sobre el vaho en la vidriera. Él compró de un policía bancario ya jubilado un revolver de segunda mano y fundió las suficientes piezas de plata que pudo contar de una alcancía para fabricar la munición apropiada y esperar la noche de luna llena, cuando su vecina vendrá a morderlo en el culo ahora que se libra una batalla encarnizada y habrá se asomarse a la puerta en una visión de colmillos rabiosos y pelaje hirsuto. Él estaba listo para enfrentar la silueta negra que semeja la coagulación de la palangana con la cabeza de un chivo al primer momento que la luna se hincha por rara glotonería. Calmado, apoya todo el peso de sus ocho sentidos sobre la mira y murmurando los nombres de todos los santos *in crescendo* cubre la detonación de la bala que vuela en pos de la mujer con las danzas sonámbulas. *Idem, Never moon a werewolf*. Al día siguiente, el médico forense era incapaz de cubrir la descripción al cuerpo de Abraham Oceransky en una sola hoja de reporte. Un réquiem lento se entona. La moneda de un peso con la efigie de Morelos, el peso abandonado por efecto de la devaluación, tiene menos del uno por ciento de plata en su cuño. Los tiempos cambian, las leyendas no.

CERONICA du TERRES

A edad de nueve años, ella fue atacada por un bodrio del bosque que todos pensaron se hallaba extinto miles de siglos antes. Ellos mataron a la bestia y la pusieron en un aparador dentro del museo de las profecías nunca cumplidas. La niña fue llevada a cirugía reconstructiva y allí la regeneraron con partes mecánicas con que se elaboran los relojes y algo de materia orgánica de injerto y tomada de la espuma de jeringas en otros cadáveres. Ella creció mitad humana y mitad perfección y por ello nunca entendió que alguien siempre nos mira y juzga. Ella mató a su primera víctima a los quince años. Bajo esta premisa, a la edad de veintiún años ya gobernaba el continente con una banda de mercenarios tan despiadados como ella. La muchacha sube en cohete con las prisas de la noche y resuelve su constelación con una armada entera, hasta que cumple la edad de veinticinco. A su paso fiero, queda una ruta de piratería y contrabando que se volvieron importantes ciudadelas y confines de la flor extrema. Hora a hora, las fosas comunes se llenan de turistas que no quieren pagar los derechos de paso. Más el fundador de Tula la detuvo cerca de Alderaban y el espacio se llenó de restos de pétalos impregnados de perfume más allá del auxilio que es posible brindar con las fosas nasales. Ellos la tomaron viva y la hicieron prisionera dentro de una cápsula de ámbar. El material que los antiguos llamaron *electrón* y conocieron su propiedad de atraer pequeñas partículas al frotarlo. Y luego la depositaron con equilibrios contrarios en un silo militar, rodeada de sensores y cámaras que nunca se apagan y jamás la pierden vista. Más los doctores de su mundo habían hecho su trabajo bien. Ella viviría por siempre. Y las madres de las futuras generaciones, que apuraran a sus hijos a dormirse pronto, ya invocarían su nombre. Ellas repiten cercano al oído. “Ceronica,

la doncella del mal, vendrá por ti si no te portas bien”. Y esos niños serán lo demasiado jóvenes para saber que eso no es cierto.

IV. Inverno

En este punto nos separamos los dos. Hasta el momento, lector, has sido paciente conmigo. A pesar que yo me he comportado chocante e ilegible desde la primera línea. Tú has aplaudido la industria del *revival* y te doy las gracias. A modo de un gracioso obsequio a tu indulgencia y bajo la cultura del pilón, me despido de ti con cuatro historias extras. El asunto es que, se suponía que bastaban nueve entregas para cerrar el compromiso con la Beca, pero decidí tener un número cabalístico de cuentos en la obra acabada para ser entregada a la imprenta. Y esta hoja es desprendible para ser usada como la nota de adiós en el refrigerador. Este es el invierno de nuestro descontento.



CARPE DIEM

El nudo de la pañoleta con las puntas prepara la buena acción del día. Silbato del llamado e improbablemente uniformado como muchacho explorador, con sus protuberantes piernas hirsutas dejando caer la risa bajo los pantalones *khaki* y la pesada banda de méritos que lo convierte en gallardo mosquetero de ochenta o noventa libras, él ayuda a la artrítica anciana sostenida de un bastón a cruzar la calle ubicada en el congestionado entronque que hace la esquina de Independencia y Juárez. De hecho, ella no quiere cruzar la calle, pero él la arrastra por tramos y la tira de un brazo mientras la mujer le golpea con el otro el sombrero hasta que rueda en el pavimento y le grita descompuesta de sus andrajos, llamándolo un *pendejísimo hijo de puta de color de mierda* a lo largo del camino.

El tiempo no se hace sagrado hasta que lo has vivido. El hace nada al respecto. El descansa. Cuando lo piensa dos veces, él desata el nudo a la prenda mariscal. Entonces recapacita. *Al diablo, aún el creador se tomó un día de asueto.*

LA MARCA DE LAS TOALLAS SANGUINARIAS

Una voz baja habla muy próxima a su oído: *ya estamos cerca.*

Era muy temprano, justo antes de la hora que el sol evapora el rocío de las hierbas. El árbol levanta las ramas para cambiar las instrucciones en un bostezo comenzado. ¿Por qué? ¿Está más alto de lo usual? ¿La estatua de victoriosa aprobación está presagiando algo?. El sol no deja una sombra de tregua y las campanadas de la parroquia anuncian la cuenta retrograda del día. Las palomas emprenden el vuelo.

Hay cansancios que se convierten en carga imposible, así este sueño, de los ojos abiertos. Nadie en el parque sabe de donde viene la tristeza, esa advertencia inaudible que acaricia su oído. Aquello escuchado estaba cerca, muy cerca, tan cerca, que por fin percibía su olor. Hablaba en voz baja, casi susurrando, como si compartiera primero una amistad clandestina cada vez más estrecha y menos real. La distancia que los separaba era tan escasa, que empujaba su secreto hacia fuera de su respiración. Aunque una mirada invisible se acercaba abrazándolo, tranquilizándolo, igualmente cruzas la mirada con cualquier extraño y tienes la certeza de que le conoces de algo.

La indiferencia se pasea en la tarde de su alma. Recuperar la vida no es algo que suceda todos los días, por más que lo proclamen los rostros olvidados, doctores de corbata, bigote recortado, consultorio escondido y horario imperturbable hasta el extremo de hacer tolerable el olor del puro. Exhalan ángeles como volutas de tabaco. A veces uno cree que todo va bien, y en realidad le está dando una calada a un puro mojado. Incluso en el hospital, moribundo, quién no fuma puro, ruega que le enciendan un cigarro. Sólo un cigarro. Y se lo encienden. Da igual. *Que rápido queda un cigarro en el paquete.* Decides dejar de fumar. Pero engordas veinte kilos de los veinte kilos que te sobran. Entonces

comes chicle para matar la ansiedad. Te quedas dormido y te ahogas con el chicle. Y le piden a tu familia los pulmones para donárselos al de la habitación de al lado, que no fuma pero de profesión es minero. Colilla cósmica.

Desmesurado enfermo.

Vida pegada a la muerte. Tal vez pudiera disfrazarse de otra cosa. Ir a trabajo vestido de indio huichol, hacer la compra de payaso o de luchador, y alquilar uno de esos artilugios que rellena de palabras los espacios en blanco. Lo malo es que al verse reflejado en el espejo, no notaría la diferencia. Finalmente, entrega el sexo con la costumbre, llena de rutinas y caminos marcados, apoyado en el bastón de su esqueleto. La costumbre se vuelve una abstracción, como un mapa. Un mapa que tú puedes doblar y hacerlo a un lado porque no te inquieta darle otro repaso. Un mapa de ciego. La rutina. Cuatro velas que se encienden y apagan siguiendo un turno sucesivo. La demencia terriblemente blanca sigue un orden idéntico al de ayer. La rutina lo dispone como el centinela de la tribu dominical, sentado en una banca en el parque.

Ya estamos cerca.

Esta mañana, sentado con innumerables veces en el parque, el vigilante toma un sol de mentira, un sol de invierno que decora, pero no calienta. Intentaba vaciar su cabeza de pensamientos, dejar de existir por un momento, o existir tanto que dejara de ser persona. Ha cerrado los ojos mientras escucha a las palomas y, deshinchada por el peso de su cuerpo, el parque ha desaparecido unos momentos. Una voz baja habla muy próxima a su oído. Al momento ha notado una presión en los muslos. Al abrir los ojos lentamente, ha descubierto a una anciana sentada en sus rodillas. Sus zapatos colgaban de sus piernas, su pelo le cosquilleaba la nariz, y su olor y su respiración han sido, por unos instantes, ese significado de la rutina.

Desde el principio, él adivinó que perdería la cabeza. La culpa la tiene la monotonía. La actividad de observar y ser observado. Observar. Dormir. Comer. Leer el periódico y recitarlo de memoria. Recitar la página editorial. Los anuncios clasificados. Los pronósticos deportivos y el futuro sabido de las notas policiales. Hasta que las palabras pierden sentido, caen entre los pies descalzos. Las patea en su ruta de ida y vuelta del paraje señalado a casa y viceversa, los pasos contados. El se ha sobrellevado de buena gana platicando consigo mismo en voz alta. No es locura, sino un miedo que la habilidad de escuchar y hablar se pueda perder.

Todas las mañanas se despierta con el sonido de la radio. Una voz rasgada, íntima, que le da los buenos días y lo saca de la cama con una música suave. Le da instrucciones bajo el vapor de la ducha y termina envolviéndolo con una frase célebre. Le provoca una sonrisa en el cerebro. Lo peina, la raya del pelo bien hecha, y le prepara otra música más densa mientras se hace el café. Bebe mientras fuma y expulsa notas musicales de humo que salen a la calle y compran la prensa con las hojas aún pegadas, tiesas y manchadas de tinta china. Y todo lo que dice la primera plana es inventado. Cosas que pasan fuera del mundo cotidiano. Urge matar al poeta que nos tiene saturados. La voz del locutor se despide y no sin antes anunciar que poco falta para el fin del mundo. Baja el volumen de la radio.

Vive sin horas.

La primera etapa consiste en vivir en la inmundicia y aventar las diarias eucaristías contra las paredes del cuarto. Las cosas manufacturadas no para romperse sino multiplicarse como basura. Segunda etapa, acaece el método del hombre que quiere saber donde está cada cosa ubicada igual que Tannhauser tras una noche de orgía. República de la moderación. Tercera etapa, vuelta a la pulcritud. La ropa limpia y planchada, los zapatos

embetunados La cama hecha con rigidez militar que te permite aventar una moneda y verla rebotar tres veces. Se duerme en la silla. Se dormita en la banca de hierro.

El se ha sentado allí antes. El brazo pasando sobre los hombros de una mujer, en una de esas tardes a la medida de los amantes. La memoria y los santos mandamientos se confunden. El fósil se disipa. ¿Así es más real?

Ya estamos cerca

El trata de conjurar cómo eran los visitantes. ¿Serían entes de una raza anterior a los pueblos de la tierra, que los perturbó el conocimiento de la telepatía y la invisibilidad y sus equivocaciones provocaron el hundimiento violento de su continente, sin nombre aplicable, a los abismos del caos, y ahora, por el favor pasajero de eternidades que no duran, llegó el momento de reivindicar el lugar de la marea de la ascendiente humanidad, igual que ángeles? ¿O serían entidades bioextraterrestres que poseen tentáculos en lugar de manos y con ellos aprisionan a los humanos mientras absorben la masa cerebral con una larga probóscide? ¿O eran, ya atribuyéndole la paternidad a la ciencia, ligeros viajeros de uno de los múltiples futuros con la intención de volver su atenta confianza al juego predilecto de reyes y torres y desalentar el movimiento donde las piezas se igualan? O eran...

El continúa y continúa, hasta que ya no tiene importancia comulgar en el puesto de fritangas. El paisaje está bonito. Según qué rincón mires, parece la verbena de los jardines submarinos, una piedra del sol o el cementerio de los elefantes. El tiempo que permanece sentado, adquiere una misma postura. La música llega a él. La repetición del danzón. La repetición del güiro. La repetición de los abanicos de pavo real. El cae de su postura adquirida y destruye el ergástulo de hormigas. Abunda en la interjectiva lástima.

¿Y si nunca vienen?

¿Y si sí llegan? ¿Y si ya llegaron y nadie se dio cuenta? ¿Y si murieron antes de llegar? Y si.....

El continúa y continúa, hasta que le pesan los brazos. Se discierne la distancia a la vista en las anchas alamedas. Los niños se agrupan sobre algo que yace en el resquicio en la luz, cerca de la fuente. Notando su larga presencia, uno de ellos saluda. Hace un comentario a distancia que no logra captar. Otro lo golpea al costado con el codo, como reprimenda. Estos niños miran en su rincón con los ojillos de los caracoles. Piensa que reconoce a dos o tres de ellos, del grupo de seis, pero no. Tampoco sabe el papel de árbitro imparcial. En la medida que avanza a indagar en el aire, los niños callan. Empiezan a apartarse.

-¿De qué se trata? –escucha su propia voz. Voz con autoridad de adulto, recriminando a los chicos.

Pero los niños no responden. Intercambian miradas unos a los otros. ¿Temerosos? ¿Desafiantes? ¿Ignorantes? ¿Divertidos o burlones? Ellos ríen a un tiempo y salen corriendo.

Un extraño hallazgo. En la medida que se acerca, escucha su propio silbido de asombro y alivio.

La cosa a sus pies era basura. O pudo haber sido un hombre en miniatura, vestido con traje espacial. Un Cosmonauta. Ruso, probablemente *la petit Vostok*. De los muchos que secretamente murieron en la estratosfera durante los inicios de la carrera espacial y que supimos de su desgracia debido a los radioaficionados que captaban por señales al azar. Misterioso hombre X. Muerto y pálido. O pudo haber sido la primera huella del galope de una gran epidemia. La materia residual era una toalla higiénica. Diablos. Ni siquiera mostraba el símbolo universal de riesgo biológico.

Los niños se agrupan junto a sus padres en otro lado. No directamente en la dirección de su asiento, sino a unos metros al lado de la escalinata de su habla. Es más numeroso en esta ocasión. Ya conoce el lugar. No se molesta en averiguarlo.

-¿Por qué tengo que contarle lo mío primero? –el tipo largo tiempo desempleado pregunta, firmemente convencido que la gitana frente a él, es una charlatana.

-Yo tengo que saber que tanto es lo que consideras verdad, de modo que yo pueda interpretar mejor el futuro que te afecte. A ver, ¿Quieres la respuesta...o cualquier respuesta? –dice la adivina. Su cabello lo cubre un colorido *babushka* que distrae cuando se inclina a revisar la mano del individuo que se siente atrapado en un cuento profético.

-No sé. Oigo voces que me avisan. Quiero decir, no me puedo casar en este momento, tengo que terminar mi escuela.

-Ella se matará

-No chingues. ¿Quién se quita la vida en estos tiempos por algo así?

-Bueno, entonces no. Ahora págame y me voy.

-¿Y? ¿Es todo? ¿Qué clase de lectura es ésta?

El sonido del tráfico tira de su vista hacia un camión lleno de cerdos. Ya camina el patio de vecindad de cuartos bajos de madera. Si no fuera por la ropa tendida que mantiene atadas unas ventanas a otras, da la impresión de que todo se va a derrumbar, no se sabe si por el peso de la ausencia de vida o por la vida prolongada durante demasiado tiempo. El rostro terrible de la vieja cierra la ventana, santiguándose, y en la puerta se marchita un ramo de flores secas dedicado a alguien que ahí ha muerto. Toca en la siguiente puerta. La inquilina se muestra tímidamente sorprendida y, al mismo tiempo, contenta de saber noticias tuyas. Ella viste un vestido sencillo de una sola pieza. Sus ojos son cafés y

húmedos. Tiene una cara bonita. En su cuerpo luce un embarazo de tres meses. Ella supone que no lo ha notado. Ella se equivoca.

A él le toma únicamente una hora y cuarenta minutos para hacerla emborrachar con cerveza. Lo suficiente para que su pastosa explicación del por qué tiene que irse a un mandado pareciera lo suficiente lógico a ella.

-Ya vuelvo, cariño –le dice al oído

Ella se queda mirando al techo desde una rara posición en el catre.

El apaga las luces.

El encuentra a la flota de amigos en el cruce de dos calles. El les platica rápidamente el asunto. No resulta tan preciso en los detalles, pero los amigos aceptan su historia. El los conduce de vuelta al patio de vecindad y envía al primero del grupo dentro de la obscuridad del cuarto con una palmada en la espalda. El espera con el resto afuera, fumando. Desmenuzando alternativamente sus nombres. Ya estamos cerca, les dice. No necesita más señales de humo. Su vigilia termina. El enemigo ha llegado por fin.

KOBAYASHI MARU

“¡Kirk hizo trampa!”

“En todo problema mundanal siempre cabe una solución simple, plausible y errónea”. H. L. Mencken

La nariz huele y los pies escurren, pero ¿qué pasa cuando los pies huelen y la nariz te escurre? Idea original, pero no estamos, hay que aclararlo, en una muestra de ejercicio *zen*.

Me llamo Pacho, pero me dicen pachorrudo. Dicen que soy tan lento que una vez me atropelló un carro estacionado. A veces sólo soy la ilustración de una broma. A veces uno intenta hacer las cosas bien y consigue lo contrario. La decepción es grande si lo fue el esfuerzo, pero te ajustas a tu propia caída. Vuelves a fallar y disimulas que no importa, que ya te saldrá bien, que no te afecta la burla del resto. Nadie es perfecto. Además yo me consigo esta sensación extraña, de echar de menos algo en mi vida que no descubro. Como si estuviera mirando la sombra que deja un cuadro en la pared cuando lo mueves de sitio. La expresión más insulsa provoca el frío largo y me manda a que me componga o no participo más con el equipo olímpico de la escuela. No tengo remedio. No tengo dios.

Me hallo parado en medio del gimnasio, vestido fuera de moda. Uso los grandes calzoncillos azules de nylon y una camiseta con el logo de cemento Anáhuac. He decidido entrenarme dos minutitos al día para olvidar lo que me apetece. Para no sufrir por lo que no es importante. Para no enojarme de lo que no me incumbe. Para que mi vida mejore. Empecemos por unos ejercicios de calentamiento. Después pensaré qué día de qué año comienzo en serio el entrenamiento. Mientras tanto, el entrenador pasa al lado y comenta:

-¿Qué haces en el piso, mi pachorrudo? ¿Es una penitencia musulmán?

Bien, cualquier animal que avanza a ciegas puede notar lo que estoy haciendo. Flexiones. Hago cuatro series de veinte de planchas al piso.

-Hago lagartijas. ¿Qué creías que hacía? ¿Cogiéndome a tu mamá y no me había dado cuenta que ya se fue?

Supongo que esa no fue la respuesta apropiada para una masa de músculos pesando 120 kilos. Dejando el gusto a origen, ya podía verse el vapor de presión escapando de las orejas del individuo. Las palabras, los gestos, al principio retóricos, un balbucir después, se diluyen en el aire que, sobrecalentado, no permite respirar.

-Escucha, piltrafa. No te destrozo porque no tienes una idea cuan difícil es hacer ejercicios con muletas, pero por lo que a mi compete, te puedes ir despidiendo del equipo de atletismo y no quiero volver a verte merodeando el gimnasio o la pista de carreras. Lárgate, antes que te fracture ambas piernas.

No me corren. Me voy. A veces te quieres quedar y por eso te vas. Quieres hablar y por eso callas, quieres tocar pero te escondes, quieres abrazar pero te alejas. Y cuando vuelves, miras, hablas, abrazas y te vas. Y otra vez te alejas sabiendo que te quieres quedar. No me voy. Me corren. El partido siempre tiene la razón.

Me siento en las gradas desoladas de la unidad deportiva del ITV. Territorio indeciso. Así que puedo hacer lo que me dé la gana. Calma. Tranquilidad. Pensamientos claros, simples, con la cabeza lejos en el horizonte. Algo se mueve, una hierba cambia de postura, una abeja se posa sobre la flor. La miras, se va. Un bostezo, calor. Los sapos cantan la quietud del charco. Un caballo juega ajedrez con un gnomo. Silencio compartido. El caballo mira el tablero muy concentrado, toma el alfil con el hocico y hace su movimiento. El gnomo responde moviendo a su reina hasta una esquina. El caballo sacude

las crines con gusto, cocea el suelo tres veces y relincha para indicar jaque mate. Poco a poco me recupero de la estupefacción de horas y horas sin hablar.

-Vaya potro listo

-Ni tanto. Ya le he ganado tres partidas de cinco.

-Me refiero a la conducta del cuadrúpedo. Quiero decir, ¿jugando ajedrez contra el caballo?

-Yo tampoco la entiendo. El prefiere siempre el juego de cartas, pero hoy no vino el rollo primavera.

-Un caballo, ¿por qué?

-Simple, para regresarles la broma a los tipos listos que vienen a la pista a hacer sus prácticas. La próxima vez que uno de estos te diga, *“Hey, ¿ya viste que hay un caballo jugando ajedrez con un gnomo en el campo de entrenamiento?”*. Tú le respondas con aire de superioridad, *“Sí, ya lo sé”*.

-Je, eso es más chistoso que el chiste.

Yo estoy envenenado. Por un líquido viscoso en tres porciones de agua, clorofila y cristal que me recorre por dentro. Me siento vicioso, lascivo, desnudo, en carne viva. Estoy tenso, lo que me duele me gusta, lo que me gusta me vuelve loco, desagradablemente alienado. Casi ciego. Tan arrebatado que debo estar viviendo un cuento de los hermanos Grimm en la memoria vaga. El tipo diminuto, con un delantal de cuero, chaquetín rojo, medias amarillas y zapatos de hebilla tropieza con el libro. Es real lo que veo. El tipo, quien no contento de devolver el tan gastado guante del olvido, so pretexto de no sentirse en vena, inclina la frente y recorta hélices de luz. Sacude el arco iris y bullen colores hacia el cielo. Por lo sabido, si atrapas uno de éstos y no le quitas ojo, te lleva hasta un tesoro. A mí me parecen bobadas.

-El corcel pertenece a una de las Dríades o ninfas de los bosques, cuya vida dura tanto como el árbol al que se supone unida. También existen las Napeas y las Oréades y.....

-Ah, cuentos de hadas. Esperaba yo inventar mi trama con los asustadores criollos.

El duende me contempla perplejo un momento. Lanza una carcajada incompleta y responde.

-¿Te refieres a chaneques? ¿Penas y demás? Lo siento, querido monje loco, pero no es posible doblar hasta ocho veces por la mitad el papel de la imaginación.

-Había una vestidura...rasgada, locura. Un trueque de engaños. Colorín colorado. Eso me pasa por querer saludar.

-Hey, si vas a hablar de política, mejor me desaparezco.

-Espera, ¿Qué hay de la oferta de los tres deseos en estos casos?

-Puros cuentos.

-¿La valija con monedas de oro?

-*Niente*

-Ten cuidado con el crimen. Te doy un ultimátum, el tesoro o te orino

El hombrecito se queda un rato en silencio de espiga.

-¿Y bien?

-Estoy pensando. Ok, un deseo, pero con una condición. Adivina mi nombre.

-Vaya, un toque de ópera.

-No precisamente. Yo admiro a los sabios astrónomos que resuelven la distancia entre las estrellas y los planetas y sus tamaños respectivos y sus temperaturas y sus promedios de existencia, pero lo que verdaderamente me asombra en ellos es como saben sus nombres.

-Ojalá ellos pongan final escolio en las letras de tu nombre. Yo soy el menos indicado.

-He tomado vinos más fuertes, pero si te acercas y me intentas hablar, sería todo mucho más fácil.

-No sé. Yo necesito correr contra algo. Correr de la cuna al ataúd con el alma barriendo arenas. Sentirme libre, solo, y con una buena banda sonora a todo volumen que mejore mi realidad. ¿Qué me dices? ¿Podré lograr la meta a tiempo?

-Para entrar en el club de los que llegan a tiempo hay que hacer cola. A continuación tendrás que ir a una ventanilla. De allí esperar tu turno, hasta que consigas que alguien por fin te atienda. Te dará un formulario que tendrás que rellenar cualquier día impar de cualquier mes que empiece con E. Una vez conseguido esto, firmarás un volante que deberás entregar en la recepción del club de los que se dan prisa para entrar en el club de los que llegan a tiempo. Entonces te someterán a un jurado. Si conoces a alguien, tendrás más posibilidades de pasar el examen. En caso contrario, tendrás que esperar tu turno. Una vez aceptado en el club, recibirás la notificación por correo urgente, con una banda magnética que has de rascar. Si aparece el número que corresponde con la fecha de tu cumpleaños, bienvenido. Si el número coincide con el de tu santo, habrás conseguido entrar en el club, antes que los que llegan a tiempo.

-Concédeme mi deseo. Quiero ser el más rápido de todos los torneos. Quiero romper todos los records deportivos de mi escuela. Al punto que dejen de perseguirme. Porque cuanto más se acerquen, más correré yo.

-Me llamo Kobayashi Maru –grita el gnomo y corre a ocultarse a un matorral.

Yo sospecho que ha huido, que me vio la cara. Aunque cuento hasta cien. Al mismo tiempo me pongo a pensar en los sucesos de la uva herida. El corro de hadas lleva cabo una

danza vespertina. Llegan al centro de la cancha, cogidas de las manos y cantan en derredor del caballo que permanece inmóvil. Esto es algo que haría al mismo Ripley salirse del negocio. 97...98...99 y 100. El gnomo no regresa. Empiezo a tener la percepción de que no hay honor entre los gnomos. Además, el hombrecito mostró un raro baile cuando dijo su nombre.

Cuando la cortina está a punto de caer, reaparece el duende y trae consigo una serie de utensilios.

-Los tomé prestados del cuarto de conserje

El enano empieza por dibujar un círculo en el suelo. Vierte una serie de productos de limpieza en un caldero, mezclando perfectamente. Murmura algo. El olor a Pinol me hace estornudar.

-Salud –murmura, volteando con reprobación.

-Gracias.

-Ok, a ver si entendí bien. ¿Quieres ser el más rápido del evento olímpico?

-No me importa hacer trampa

El gnomo asiente con la cabeza como si hubiera entendido y empieza una carrera alrededor del caldero. Gira rápido y más rápido, hasta que un impulso huye con salto hacia las lágrimas. Todo se vuelve negro.

Todo en la vida tiene un final, excepto por la salchicha que tiene dos. De igual modo mi historia. La versión se resigna a una curiosidad no saciada. El protagonista pudo haber preguntado una adivinanza en lugar de asumir cualquier costo. *¿Como le haces para meter siete agujeros en uno?* Fácil, Te metes una flauta en el culo. Mmm. ¿Se cumplió mi deseo? ¿Logró convertirme en el más veloz de todos los contendientes? Por supuesto que sí, pero quien quiere competir contra un centauro de 16 años.

¿ME QUERRAS POR SIEMPRE?

Despierto en la mañana con el brusco aletazo de los párpados y el tiempo empapado de música de fiesta en tierra firme, supliendo el canto arrullador de las sirenas en los remolcadores trabajando la noche entera por las notas de *Veracruz* de Agustín Lara como agua temeraria, olas y largas tiras de plata contra la escotilla abierta y cerrada al mismo tiempo en el camarote del barco. Presiento un movimiento diferente de Camila al lado mío. Ella durmió totalmente envuelta con las sabanas. El reloj marca la hora de partida con larga sacudida de brazos abiertos y bostezo. Yo doy un giro en el lecho, buscando la región más fresca del colchón que uno hubiera esperado encontrar en una travesía de elegías caribeñas. La obstinación luminosa del sol ya caliente la carátula de vidrio a modo de gotear cansancio. Cierro los ojos, conteniendo todas las gemas del sueño en doscientos kilómetros a la redonda. Ella prefiere dormir con los ojos abiertos.

La pieza musical empieza a rebullir de crustáceos. Tengo un recuerdo que dura un segundo. Más bien es una sensación. Una marea. He encontrado una vieja caja de zapatos donde colgué mi ropa al acostarme. Una caja con los restos de mi infancia. Dentro hay juguetes robados a mis hermanos ya destrozados, muñecas decapitadas, sin ojos o con las trenzas cortadas, cochecitos sin llantas y papeles con diabólicos dibujos de pájaros muertos, personas deformes y basureros. También está el recordatorio de mi primera comunión, los dientes que el ratoncito no quiso y un reloj con el cristal partido y las agujas clavadas en un trozo sucio de extraño mapa en tres dimensiones. Cuando he cerrado la caja, con la cabeza apagada por el cambio de rumbo de mis recuerdos, se me ha acercado una niña pequeña queriendo quedársela. Se la he dado, y al abrirla ha puesto cara de sorpresa, de asco, de

pudor, de niña mayor. Me la ha devuelto y ahora el que quiere volver a jugar soy yo. Este es el recuerdo de la vez que nos encontramos Camila y yo.

Camila tiene el color de la leche fresca. Los largos dedos en la mano que ahora es la mano mía. Tengo un vecino que está enamorado de Camila y, desde que el cerco de celos nos separa, me mira con odio, con asco, con cara de abandono. Y esa mirada me viene a la mente cada vez que se me rompe algo y recuerdo el deseo de un hombre feo que prescinde de todas las razones igual que el monótono retorno del océano. Este impertinente pasa un buen rato recorriendo los pasillos del museo en un jueves flojo de turistas. Hace pausa para fumar un cigarro. El guardia de la sala de Historia se acerca y lo reprende, en nombre de un ánfora fenicia que tropieza con el humo. Señala hacia el círculo de prohibición en la pared que suple los atareados vocabularios. Corolario: Si se encuentra bien, no se preocupe. Se le pasará. Antes de perderse de nuestras vidas, el tipo comprará una playera arrugada como una democracia en la tienda de las curiosidades. De tales empeños bilingües se desprende que si la etiqueta dice “talla única”, le quedará fatal a todo el mundo.

Ay, si se encuentra bien, no se preocupe. Se le pasará. La marimba dadora de chispas se interrumpe, la cuerda del muelle se tensa. Entonces Camila salió de la anestesia, después de la operación de la que moriría. No era nadie, sino yo quién estaba a su lado. Con la mano de calor, sobre el hombro desnudo de su sombra, insinúo que el tiempo se siente como pesa. Así que anoche no recuerdo si cené, pero desde luego sí he dormido muchas horas. Y esta mañana al entrar en el baño, me ha sorprendido un labial pintado al espejo: *"Buscarnos mañana sin falta. La familia"*.

Escucho a un altoparlante anunciando la bajada a la bahía. Camila me sigue con la boca abierta. He abierto una dorada y brillante lata de anchoas y se ha volcado nuestra boda en pan. Los bancos de la derecha eran familiares del novio, boquerón de pose impecable, y

en el lado izquierdo, Camila y yo. La novia, una anchoa hermosa con dos perlas prestadas por dos viejas ostras de la cuaresma, lloraba lágrimas en aceite mientras transcurría la ceremonia. Yo intentaba mantener el pulso firme mientras escuchaba y miraba bajo las faldas del cura a ver si encontraba una burbuja de la perdida ciudad de Atlántida. Yo digo, si tal lugar existió alguna vez, debió verse igual a una burbuja. Una vez terminado el enlace, los novios han salido huyendo con el champán en la mano, mientras el resto del banquete nos mira con hambre. Los novios no alcanzan un tamaño tan grande como la lata. Leviatán era un sapo enorme. El marinero igualmente me dijo que es de mala suerte no cargar a la novia antes de subir la rampa; puede que tu matrimonio dure sólo unos pocos días. Ella debe cargar las maletas después. El canapé trabaja en pincharme una de sus estúpidas espinas en la garganta. La misma superstición que dispone el caminar nupcial sobre pétalos de rosas está cubierta por una capa de cinismo tan fina, que si alguien camina por ella, se hundirá. Camila nunca supo del naufragio.

Algo sucede con Camila. No ha pronunciado palabra desde que cambiamos de bote. Yo la acomodo sobre el asiento de proa y le caliento los huesos perfectamente con una frazada. Ella se limita a sonreír y encontrar una estrella de mar. Juntos surcamos la corta distancia hacia la Isla de Sacrificios. Y huracán se sentía la mayor ansia de otro clima. Si eres daltónico, recuerda que no puedes predecir el clima. Pongo mi mano en la base de su cuello. Lo froto y le comento, “*Ya pronto*”. Regreso a tomar el timón.

Alcanzamos la playa antes de mediodía. Camila decidió quedarse a esperar en el bote mientras busco una fruta tropical que comer. Le digo que le voy a traer algo de comida. Ella se baña en la próxima ola. “¿Guanábanas?”, le digo con ganas de fastidiar. Ella odia las guanábanas. Me mira con brutal consideración lapidífica. “¿Piña Colada?”. Eso le devuelve la sonrisa a los ojos. No permitas que el hoy te devore, le advierto otra vez.

Hoy he decidido que sigue siendo martes. Ni hablar de que sea miércoles. Para nada. Hoy es martes porque lo digo yo, porque a mí nadie me dice en qué día vivo. A partir de ahora lo decido yo. Mantendré mi edad, nomás porque no quiero trastocar tanto las cosas al lado de Camila, pero hoy, como todo martes, voy a conseguir algo de comida, y mi vida será bastante parecida a la de ayer lunes. O martes. Ok, ayer fue martes. Pero hoy también es martes. Y mañana volveré a buscar algo de comida cuando avise el hambre, y mi vida será como la de hoy martes, pero mañana será jueves. El miércoles lo dejaré para el domingo. Que estaré más descansado, y con más ganas de miércoles. O ya veremos. A lo mejor hago puente y convierto el miércoles y jueves en sábado. Y el viernes lo regalo. O lo vendo. Y me hago rico vendiendo viernes. Y pongo un puesto en el mercado y cuando venda mucho me compro meses enteros de sábados y domingos y me paso el día de vacaciones, vendiendo los sábados en día domingo. Camila prefiere un agua de coco en última instancia. Yo le explico que el bonote tiende a perder la resistencia en agua dulce, pero se hace más fuerte cuando se expone al agua de mar. Ella sigue sin pronunciar una palabra.

El sol se apoya en mis párpados y me pesa el calor. Unos minutos de exposición y ya tengo el cuerpo tostado. La playa luce vacía, tranquila, y sonriente, excepto por una palmera que protesta a gritos porque quiere que le entreguen lo que la erosión se ha llevado, dejándola tan sola como una palmera, desgarrada y escocida por el salitre del mar. Me escandalizo al ver una choza de troncos y palmas y un cerdito cagar donde cabe el mundo. Camino sonriendo para que se sepa que vengo en son de paz, que disfruto de lo que veo. Saco un mapa y pregunto por la ruta al circo de la malaria. Se me acerca antes el anciano diciendo que me están esperando todos en el otro lado de la isla. Regreso presuroso a buscar a Camila. Camila no está en el bote. Ella se deja llevar como una medusa en medio

del mar. La ha abrazado un alga. La combustión del sol arroja mil calcinantes alfileres contra mi frente.

-¿Pensabas dejarme? -le pregunto, cuando finalmente la rodeo con todos mis sentidos.

Ella alega que tenía hambre, pero me lo dice con ese tono que maneja el subtexto de la reprimenda por dejarla esperando largo rato. Extiendo la banana. Yo miro en silencio su desnudez, determinado a no preguntar explicación alguna. La beso y, pretendiendo ser dueño nuevamente de su sonrisa, le digo que no esperan todos al otro lado de la isla.

Los periódicos y las revistas se amontonan por recortes. Los libros se guardan sin leer. Cualquiera supone que la historia habría de tenerlos en la predestinación, pero ni siquiera la gran base de datos de Nauvoo tiene algo más que una vaga referencia y en letra cursiva de estos casos. Edward Leedskalnin fue un escultor latvio que planeó y construyó un monumento llamado el Castillo de Coral en recuerdo de su amor perdido, Agnes Scuffs. Leedskalnin edificó su misteriosa e increíble obra solar, impregnada de fuertes evocaciones de las construcciones prehistóricas de piedra, con dólmenes y menhires, sin permitir que nadie observara su labor y sin el uso de maquinaria pesada, clamando que simplemente poseía el secreto de los constructores de las pirámides de Egipto y las técnicas de electromagnetismo y vibración para lograr la antigravedad por siglos diezmada en los varios vestigios en Perú, Yucatán y Asia. Leedskalnin tardó 28 años en llevar a cabo el entero complejo de monolitos y roca sedimentaria que llamó el Parque del Portón de Roca, pero que hoy es conocida como el Castillo de Coral. Como en todo castillo, Leedskalnin dispuso un salón del trono, para él y la mujer que debía venir de Letonia y junto a los hijos que tendrían, con rocas que pesan un total de 2300 kilos. El 21 de junio, el día del solsticio

de verano, el sol sale directamente frente al trono del farallón. Agnes Scuff ni siquiera supo de la existencia del lugar y tampoco de la perdida ciudad de atlántida. Si tal lugar existió alguna vez, debió verse igual al sueño de Leedskalnin. Punto y seguido. El Dr. Carl Von Cosel trabajaba en el Hospital de Key West, tratando pacientes que sufrían de tuberculosis incurable. En 1934, él se enamoró de una paciente de 22 años, llamada Elena Hoyos. Cuando ella murió, Von Cosel pidió permiso a la familia para construir un mausoleo. Von Cosel usó ácido fórmico y aldehído fórmico, o formaldehído, para preservar la flor extrema del cuerpo y lo dejó, reverente, regresar al gran todo. Von Cosel asperja su corazón como preservamos con alquimia la hermosura etérea, visitando amorosamente el funeral cada noche. Un tiempo después, Von Cosel removi6 el cuerpo del lugar y secretamente lo llevó a su casa, inventando un trueque breve, igual que la polémica entre la hormiga y la caja de chocolates. Quieto, hospeda el cadáver durante siete años de vida en común hasta que este desposorio alucinado es descubierto por la hermana de Elena. La sospecha le comió cara y alma y conciencia hasta que rompió los candados. Horrorizada por el hallazgo, la hermana vino a encontrar los restos de lo que parecía un muñeco de cera tendido en su cama. El maniquí era el cuerpo en avanzada descomposición de Elena Hoyos. Los huesos mantenidos en su sitio con cuerdas de piano. La piel había sido enteramente tratada con barniz y otras aplicaciones de embalsamamiento. La cuenca de los ojos ocupadas con reemplazos de vidrio. Y el atuendo de novia perfumado para disfrazar el hedor. Fin del hipo. Declarado lúcido en sus facultades, Von Cosel fue absuelto de los cargos porque el delito de exhumación ilegal había sido abrogado años antes. Elena Hoyos fue enterrada en otra locación secreta. Von Cosel, conservó en su poder una máscara vaciada en el hastío de la fascinación y que sirvió para crear otra replica en lava de su amada, con la cual vivió

hasta su muerte en 1952. Dos relatos que pocos hombres han conocido. En un mundo así, doy gracias de haber encontrado un amor superior a todas las criaturas.

Atracamos junto al muelle del faro y volví a sugerir a Camila que esperara arriba del bote, mientras hacía una inspección del terreno. Camila asiente con la mirada, con esa sencillez que desorienta y perturba. Pero unos minutos más tarde, ella se quería bajar también. Ella camina el territorio del primer día de la creación, levanta la cara al cielo. Trece gaviotas hacen círculo sobre nosotros. El sol empieza su descenso. No atisbo que es un paraje tenebroso y avivé el paso hacia la casa del pescado puesto a secar y colgado de una cuerda, entre las dunas. De repente, detrás de una de ellas, donde la avena loca no consigue fijar las arenas, se elevó una columna de humo. La humareda se enderezaba en una ráfaga de viento que, al dar contra el montículo, arremolinaba en el aire las finísimas oraciones para añejos basiliscos. Siguió un segundo embate en las olas encrespadas. Y el viento, al barrer sus crestas, enviaba a gran distancia el agua pulverizada de igual modo. Luego todo quedó en calma; el sol moría. Camila obedece la señal de humo. Parece saber que está buscando y todo lo que me consigo en el alejamiento son brillantes instantes de control entre la estéril ribera de rocas y el abatido de zarzas secas con espinosos enramados. Me veo sangrando de manos y rodillas cuando Camila es la única figura erguida frente a una cueva en la concha de nácar. Camila, ¿dónde habrás de ocultarte cuando te haya soltado la mano? Ya le daba vueltas a la cabeza pensando en el problema que tengo y no sé cómo solucionar. Mi cabeza giraba y giraba, y al rato mi cuerpo también. Pero estaba tan absorto en mis dudas, que de tanto girar, he ido haciendo un agujero en la tierra y he ido entrando lentamente como un gracioso descorchador de vino. Dando vueltas y vueltas, hasta que he llegado a sentarme en un banco de la sala de Historia del Museo de la Ciudad. Yo miro el foro del nuevo reparto

del mundo entre las grandes potencias a partir del Siglo de las Luces. Camila disfruta de saberse codiciada.

Ay, si se encuentra bien, no se preocupe. Se le pasará, Dentro, la luz en el interior de la caverna era verde. El terrible rebote de la visión aumentaba y aumentaba, tomando ímpetu de una pared sucia de excrementos de murciélago a otra formando vapores como cortina por obra del manto carbonífero. Los ojos tropiezan con la pared al fondo del corredor, después de pasar de un horror a otro, adelantándose y retrocediendo. Saltando cientos de capullos marchitos de orquídeas que yacían como tarántulas aplastadas de color rojo hasta la frontera cenicienta de una escalinata. Y el primer ruido que escucho es el aplauso de una enorme concurrencia. El dolor en mis heridas es crudo. Sospecho que debo tener huesos rotos también. En los escalones por la ruta al centro de la tierra apenas cabía el pie de un niño. Ahora la obscuridad aumentaba gradualmente y yo perdía por completo el sonido de referencia del golpeteo del agua contra la playa. La luz volvió de pronto. Camila y yo habíamos llegado a una oquedad de paredes blancas a media docena de metros bajo el nivel del mar. Decorada de muebles blancos, el color blanco se nos viene con la idea que no existe. Nos acercamos. Los huesos estaban puestos ordenadamente unos sobre otros, unidos con amarre cuadrado. Más blanco en las bolitas de sebo que las velas habían derramado sobre las calaveras. Camila y yo permanecemos allí un rato, inmóviles. En un rincón lejano, un hombre de pómulos salientes, cara lechosa de ascendencia española, parche en un ojo, sombrero gris, pantalones arrugados y grises y botas gastadas, se movía de un lado a otro, examinando el trabajo que otros hombres con un trapo amarrado a la cabeza hacían, cavando con una pala. Tropiezo con los rubíes y doblones. Todo el suelo parecía un salón de baile luego de una danza frenética, que los participantes habían interrumpido de pronto.

Camila parece reconocer al hombre y éste a ella. El padre de Camila. No lo sé. ¿Cómo llego a la conclusión que se trata de él? Celos enfermizos. Él la recibe engalanado de abrazos que no sean latigazos. Entonces ese hombre tira de la puerta española de hierro azul y Camila y yo descubrimos una sala todavía más grande, sombría, donde estaba la gente. La gente esperaba sentada a la mesa en una larga fila. Había cincuenta y cinco personas, entre hombres, mujeres y niños, en cada lado de la mesa. Tenían el color del pergamino y parecían que la piel había sido puesta a secar. Los comensales gritaban, apretándose con las manos los pechos encogidos. Y gritaban ahora. Y en las mandíbulas desencajadas de muchos, asomaban las lenguas venenosas. Dicen que los perros perciben sonidos que los humanos no oyen nunca, de muchos decibeles por encima de los sonidos normales. Había muchos gritos en el salón. Gritos que salían de unas bocas abiertas por el miedo y gritos de otras lenguas haciendo libaciones y que nadie oía hacia el mundo exterior porque eran demasiados altos. Finalmente confronto a la familia de Camila. El clan de Israel Hands, un bucanero amotinado. Otrora lugarteniente de Barbanegra. Abandonado a su destino. Abandonado en una isla desierta, un pirata caído en desgracia se quedaba mirando desesperado cómo se alejaba su barco. Las islas desiertas eran como prisiones sin rejas. El mar evitaba la huida y las posibilidades de rescate eran mínimas. Aunque los piratas abandonaban a sus compañeros con algunas provisiones básicas, el hambre era el horizonte inevitable para quien no supiese cazar ni pescar. Este cruel castigo se reservaba para los piratas que robaran a sus compañeros o desertaran del barco en pleno combate. Israel Hands ignoró el código de John Phillips y jamás abrigó ningún deseo especial de abandonar su isla. Camila toma su lugar en lo alto del tajamar. Israel me espeta:

-Tú que hablas tantas cosas de la vida del mar, ¿Has sido marinero alguna vez? ¿Te has hallado venciendo un temporal o arriando un contrafoque en el bauprés? ¿Sabes lo que

es la mura o el combés, la carlinga, la escota o el penol? ¿Orzar? ¿Ponerse al paio, trincar coi? ¿Has cazado un cachalote alguna vez con el golpe certero de tu arpón? Tú nunca has sido marinero, balurdo galapán de malecón, que no conoces más que el vaivén de las lanchas que navegan en torno al espigón. Para ser marino hay que empaparse el corazón con la espuma salubre de las olas mucho antes de alargarse el pantalón. Hay que tener el pecho ampuloso y la voz fuerte al diapason para hacerse escuchar entre las velas, en medio del más fuerte ventarrón. Hay que saber besar a las mujeres, olvidándose siempre del amor. Y mantenerse firme entre las jarcias, después de haber bebido mucho ron. Hay que haber recorrido el mundo de puerto en puerto, de Beirut a Estocolmo, del Callao a Vancout y haber surcado el mar sin ver tierra, desde el golfo de penas hasta el mar de Japón. Y tu que nunca tuviste el coraje para zarpar de ese pueblo apacible en el que naciste, te la vienes a echar de marinero, balurdo galapán de la marea baja, que no conoces más que el vaivén de las lanchas que van del malecón al muelle y del muelle al malecón.

Me estremezco convulsivamente. Como un pez que trata de librarse de un anzuelo y respondo.

-Yo soy pirata. Me llamo Lorenzillo...

Ochenta y un seres deformados ríen al unísono. Israel toma aire y habla en nombre del grupo.

-Hazle honor a tu sobrenombre. Respóndenos, ¿Cómo conseguiste tu pata de palo?

-Me hallaba con mi tripulación en medio de una tempestad y caí por la borda.

Mientras mis hombres intentaban sacarme del agua, un tiburón tiraba en sentido opuesto de mi pierna

-Oh –exclama su auditorio. Israel vuelve a inquirir.

-Bien...entonces, ¿Cómo obtuviste tu garfio?

-Me hallaba con mi tripulación al asalto de un barco enemigo y durante la batalla a espada limpia, otro marinero me cortó la mano como se corta el nudo de la enredadera colérica.

-Poético –distinguen algunas voces. Israel no está totalmente satisfecho.

-Ah...pero, ¿Cómo conseguiste tu parche en el ojo?

-Una gaviota me lo cubrió de mierda.

El clan vuelve a soltar la carcajada. Israel se halla complacido. No obstante, hace la replica.

-¿La cagada de una gaviota peregrina te hizo perder el ojo? ¿Qué clase de maldición es esa?

-Ninguna. Simplemente era mi primer día con el garfio.

Israel Hands medita un instante. Sostiene la palabra autoritaria a bocanadas.

-Ok, te creo. Pero dime, ¿Qué clase de ropas extrañas son esas que portas? ¿Dónde está tu capona?

Era costumbre entre los corsarios tener una mascota y los jefes llevaban en sus hombros un loro o, muchas veces, un papagayo, el mismo que al permanecer mucho tiempo en el hombro de su amo, ensuciaba sus ropajes, por lo cual el corsario colocaba un pedazo de cuero para mantener limpia su chaqueta. Yo le devuelvo la pregunta con otra capona.

-¿Ese es el uniforme que usas todo el tiempo, Israel Hands?

El sentido es flagelado. Uno de los desgraciados le hace la pregunta a su líder.

-Cierto, Israel Hands. ¿Por qué nos pide una camisa roja antes de cada batalla?

El capitán, dando esa mirada que jamás cae en desuso aunque se caiga en una isla desierta, exhorta.

-Si yo soy herido en combate, la camisa roja impide que se muestren mis heridas. Todo el mundo conoce una antigua balada, llamada “*El príncipe de Inglaterra*”. También éste navegaba en un barco espléndido; sus áncoras estaban guarnecidas de oro, y las cuerdas, forradas de seda. Esta nave podía hacer pensar en la que me hizo zarpar de España. También ésta era fastuosa, y fue despedida con el mismo pensamiento: “¡Quiera Dios que no se muestren a mis hombres mis manchas de sangre durante la lid!”.

-Barbanegra viene a ajustar cuentas contigo otra vez.

El grupo mira a Israel, esperando su respuesta. El corsario, sin perder el porte, se dirige a su contramaestre.

-Pelón, tráeme mis calzones cafés.

Aprovecho el motín para escapar de la isla. Sólo un ojo muy avezado podía descubrir el barco encallado. Era un magnífico velero de tres palos. En aquel preciso momento, el mar lo levantó por encima del arrecife, a tres o cuatro brazos de tierra. Arrojado hacia la orilla, quedó embarrancado en el segundo escollo. No se podía pensar en auxiliarlo, el mar estaba demasiado embravecido. Las olas batían el navío y barrían su cubierta, saltando por la banda opuesta. En el banco de arena yacía el buque *Palinuro* zozobrado, cubierto por el mar. El blanco mascarón de proa, hermosa Camila esculpida de cedro, se apoyaba contra el ánora, y su terrestre hierro llegaba hasta el nivel del agua. Camila cumple su silencio entre las algas captadas para siempre. Yo decido explicar el sueño que se curva en torno a mí, aunque el lector editará la primera nota roja del día en el mensaje de una botella echada al mar. La botella de Klein, pero como no estaba atento, me he bebido el contenido y tengo tantos monstruos en la cabeza que siento los arañazos siguiendo sus paredes hasta la luz al respirar. La Atlántida sí existe. Si te dicen que es un engaño, créelo más que antes.

Amor, isla sin horas. Isla rodeada de tiempo. Claridad sitiada de noche. Idilio invicto rodeado de reprobación. La historia del pirata que amó demasiado a la dama de ornato en el bauprés. Isla de Sacrificios. ¿Verdad o mentira?